

SOLIDARIDAD

suplemento literario

OBRERA

París, Enero de 1958

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★

Precio 50 frs. - N° 667-49

LA VIDA SEÑERA DE SEBASTIAN FAURE

El amor es inconsciente y produce. Los deseos opuestos se sonríen y chocan. Luego infantan. Un cero, dos ceros y tres ceros: Y a millones, a centenares de millones los ceros vamos, sin notoriedad, de la cuna al hoyo. Sólo alguien se salva, y alguien esta vez se llama Sebastián Faure.

Se salva, pero no en hombre elegido, en medias previsto por la plebe por los dioses. Hombre enterizo, conciencia deducible, racionalista. Faure comprendió los males del mundo e ideó remedios. No fue guerrero por haber enfrentado a los guardianes de una sociedad apócrifa y no por ello menos dominadora. No fue nihilista por haber intentado hacer tabla rasa con la concepción social presente. Fue humanista sincero, en fuerza de amor y de raza. Ginetes del Apocalipsis pueden serlo — y no hay contraste en ello — los guardadores del orden legislado, artificialmente elaborado y establecido. Sobre el dolor y la miseria de unos, se intentó basamentar la alegría y el bienestar de otros. Con la ignorancia supina de éstos, se pensó edificar la orgullosa sabiduría de aquéllos. Declarando justicia un modo de ser esencialmente injusto, el mal ha conseguido su trono, y desde tal momento sociedad equivale a caos, a indignidad, a homicidio.

Faure, temperamento alertado y mentalidad robusta, meditó lo suficiente para comprender, juzgar y proponer. Su norma de justicia social no sería privativa de una minoría, sino un bien desparramado sobre la conciencia y el corazón de toda raza. Su condena de lo actual no supondría un castigo ni siquiera una ofensa para los mantenedores del *status quo* tradicional, sino una liberación alcanzando incluso a ellos. No es el odio lo que incubaban las propagandas del ático filósofo, sino la fraternidad de los hombres, considerados en sus derechos y responsabilidades.

La revolución social faureista opera mejor en las conciencias que en las barricadas. Faure especuló sobre la capacidad de reacción favorable en el hombre y no sobre su instinto de venganza. La fuerza bruta del individuo, al fin y al cabo es la fuerza bruta de muchos individuos, fáciles de concretar en un mito peligroso: el Estado. La imposición organizada difiere de la inorganizada solamente en la suma cuantitativa, no en la moral. Tira nos pueden serlo unos obreros elevados a dictadores, tan tiranos como son los capitalistas detentadores del Poder. El sentimiento socialista autoritario se equivale al sentimiento asocial autoritario, conduciendo, ambas posiciones, a la perpetuación de la obediencia, alhaueta de la opresión que con diferentes etiquetas sufren los pueblos. La educación canónica, laica o social partidista da curso, partiendo del ángulo respectivo, al vicio estatal imperante, del que resultan jerarquías y jerarquizados, ricos y pobres, triunfantes y humillados.

Cortando los hilos del pasado y evitando las argucias de la política moderna, Faure se alzó, pecho desnudo y mente libre, contra todo y contra todos, con frases tajantes, mordaces; con argumentación incandescente; con verbo potente y pluma acerada, sangrando la verdad para que los admiradores de ella sacudieran el moho de sus cerebros, el conformismo de sus opiniones. El razonamiento faureista no llegó a producir estragos; causó, sí, admiraciones, y embarazosas retiradas. Se podía contender con el maestro con la sinceridad en los labios. Con la mentira en reserva, imposible resistir el choque.



Neste mes se cumplen exactamente cien años del nacimiento de Sebastián Faure. En 1950 — para citar fecha —, cualquiera en Europa habría dado referencia de este hombre. Hoy, hay que explicar quién fue Faure incluso en Francia, su país de origen.

No interesa pergeñar una biografía. Lo cronológico sabe a constancia deshumanizada. Esta persona nació y murió, pero, ¿y su vida? ¿consiguió llenar su vida?

A millones las personas penitimos y desaparecemos sin producir una luz, sin dejar

rastros. Da espanto pasar por la pila entre latines y ser amortajado a latinazos. ¿Total para eso, sólo para eso? Con no haber nacido bastaba.

por J. COLL DE GUSSEM



Porque Faure tenía base sólida y oratoria inmejorable. Poseía todos los dones que requiere el orador completo: idea, intuición, oportunidad, voz, gesto, inspiración, todo preciso. Con sencillez, sin alardes, conviencerte por valor y no por relatividad de palabra, Faure llegó, en toda ocasión, a penetrar en lo más recóndito de sus oyentes, ya fuesen obreros — sus más próximos — o artistas, o adinerados, o jueces. No se hace mitin en las audiencias. De aquí el mérito de un «no ha lugar» arrancado al tribunal por ese tribuno perorando desde el banquillo de los acusados en favor de los incursores en el Proceso de los 36.

La palabra de Faure era atractiva, incluso bella; con la fortuna de estar impregnada de justicia, además de belleza. El mundo no ha conocido orador que lo supere. Hay de éstos que tejen encajes oratorios sin nada añadir a las riquezas del pensamiento por otros aportadas. Nuestro pensador hizo lo contrario: su profundidad y la prevista felicidad del género humano le inspiraban la dicción hermosa y concluyente que lo distinguía.

A cien años vista, hay quienes juzgan un dolor y un drama que un artista del verbo así de afortunado desapareciera, y con él, la poesía y el temple de su oratoria. Ciertamente es una angustia comprobar que ya no es, lo que tan exuberantemente ha sido. Pero ¿y sus escritos? ¿Y su palabra insonora, pero profundamente meditada, igualmente sabia, grabada sobre las cuartillas, impresa sobre las páginas? Cerebralismos, se arguirá, y no es eso. Verdades comprobadas sobre la marcha, en la entraña de la sociedad y en la manifestación personal de cada hombre. En la tribuna como en la quietud del estudio, Faure fue un analítico terrible, un deductivo afortunado, un ejemplarista sin vuelta de hoja. Derribó con la misma potencia que construyó. Repetimos que no es nihilista; es, mejor, un cirujano. Los dioses, las leyes, los imperialismos, no han resuelto nada y han embarullado mucho a través de los siglos. ¿Qué le costaría a la humanidad renunciar a lo que tanto daño le ha causado y sigue causando para pasar a la Era de la rectitud, de la igualdad y de la armonía humanas?

Nada. Y sin embargo, las lecciones maestras enmohecen en las estanterías, los maestros caen en la profundidad del olvido, mientras los pueblos continúan zarandeados, oprimidos y desangrados en toda clase de incivildades, dictaduras y matanzas colectivas.

EN ESTE NUMERO

J. Chicharro de León: « Pirandellismo en la literatura española ». (En torno a « Taxímetro » de Cossío). Zenón: « El Mundo es así ». Fernando Valera: « Nihil Novum sub sole ». Fabián Moro: « Los cardos y el desierto » (monólogo). Puig Espert: « El viento y el diablo ». R. Pérez de Ayala: « La gestación y el alumbramiento literarios ». Rodolfo González Pacheco: « Carteles ». Eugenio Regis: « Río de la Plata ». Alfonso Vidal y Planas: « Lamentos de Abel de la Cruz ». Ben Aiala: « La poesía popular marroquí ». Jesús Lea Navas: « Arqueología mava-egipcia ». Ensayos de nuevos descubrimientos. Juan Carlos Ghiano: « La poesía argentina ». « Arte y Artistas ». « La Danza ». « La música ». « La calandria », canción típica argentina. « La Escena ». « La Pantalla ». « Noticiero ». « Mesa Revuelta » y las acostumbradas ilustraciones.

PIRANDELISMO

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(EN TORNO A « TAXIMETRO » DE COSSIO)



A bonita Inés, decidida a ayudar a Benito, lo lleva un día a casa del rico indiano don Armando para que lo asegure. Ya en camino, le dice la jovencueta a nuestro protagonista :

« Me gustaría ayudarte. Te veo como ser débil, desvalido, sin defensas... No serás capaz de jurarme que el nudo de la corbata te lo hiciste tú. Era el nudo de un aventurero, aún más, el nudo de un vagabundo » (75).

— Pronto lo adivinaste.

— Y yo te quiero salvar, Benito. Contagiarte un poco de mi fuerza, de mi energía, de mi acción... ¿ No te ofenderás si te digo una cosa ?

— Puedes decirme lo que quieras.

— Me das lástima. (Ibidem.)

Esa lástima, esa piedad femenil, perseguirá a nuestro héroe hasta sus últimos momentos. El mismo, al hallar una nueva mujer en su camino de inacción, antes de emprender un viaje al Brasil, se preguntará :

« ¿ Le inspiré lástima sin duda ? »

La mujer a quien se dirige, responde en el acto :

— No es eso, no es eso... lástima no ; un sentimiento difícil, que comunicaba su figura de hombre desorientado y perdido.

— Dígalo sin rodeos, añade Benito. Yo la inspiraba lástima.

— ¿ Y por qué ha de ser ofensivo ? Lástima nos inspiran los niños... y quizá a nadie queremos tanto. (143)

La respuesta de esta mujer nos prueba, sin dejar resquicio a la duda, la indecisión del carácter de nuestro héroe, que nada tiene de un don Juan ni es capaz de resoluciones audaces.

Qué de extraño tiene que cuando el indiano don Armando le hace ver la posibilidad de enriquecerse si va al Brasil, Benito, asustado por la aventura sienta deseos de no aceptar ? Si Inés no hubiera estado presente — la mujer es, en general, causa de toda decisión viril —, nuestro protagonista hubiera renunciado, por apatía, a la aventura. Pese a la aceptación, dice con humildad :

« Soy un hombre honrado... No sé si serviré para tal empresa. Yo no he servido en mi vida para maldita la cosa, es decir, que no me tengo por un hombre de acción ; además, me ha desconcertado siempre lo exótico. Hoy Europa está llena de sugestiones americanas y de estridencias negras. Las bailarinas negras me dan horror. Las frutas tropicales que llegan aquí me saben a pomada. El calor me enerva... y la poca selva virgen que he visto en el cinematógrafo, aun estando preparada con fieras que saben mal su papel, me ha parecido peligrosa e incómoda » (87).

No creo que sea difícil vislumbrar en las palabras que transcribo, una crítica humorística del cinematógrafo americano, que, en nuestros días, inundó el mundo de Tarzanes y otras hierbas tropicales, tan convencionales como las clásicas españolas.

Nuestro héroe, investido pues de nuevas funciones, se siente animoso y alegre. Su alegría, sin embargo, es poco duradera, porque, apenas han dejado al indiano, le dice Inés :

« Presentita yo algo grande de esta visita. Y ahora, un secreto. Quizá don Armando está enamorado de mí y su deseo no sea otro que el de alejarlo. Me acuso de haber explotado un poco mi interés hacia ti » (90).

Benito, por una vez a lo menos, reacciona y piensa que en cuanto « en la vida se produce un hecho inverosímil, hay que buscarle explicación » (91). Su reacción es franca : « Si esto fuera cierto... si esto fuera posible... Yo nunca pensé que pudiera ser un sujeto importante en un conflicto sentimental. Me siento un hombre distinto, ahora sí que me creo capaz de lucha. Por tí, Inés, me creo capaz de todo » (91).

Es verdad que, después de tan fogosa reacción, volverá a su abulia, se sumirá una vez más en sus fantasías y, al ver a Inés alejarse, « más bien como una ilusión que como una realidad », se frotará los ojos « para convencerse de que estaba despierto », pues « Benito dudaba siempre de la realidad objetiva » (92).

El dualismo realidad-ilusión, ensueño-

vigilia, que son elementos esenciales del teatro grotesco italiano y que Pirandello perfecciona, salen a luz en « Taxímetro » con frecuencia.

Nuestro héroe creyó siempre que « poseía una segunda personalidad, invisible, ingravida, fluida, que era la que le conducía por la vida como el preceptor conduce al discípulo... Era un segundo Benito que le envolvía en unos casos, en otros le seguía como una sombra y, en otros, se alejaba de él, curioseando, sin duda, por el mundo y trayendo a Benito de estos viajes imágenes, ideas, representaciones » (93).

Las notas de esta naturaleza abundan.

por J. Chicharro de León

Cuando nuestro protagonista se baña en el mar con Inés y sus hermanas y luego entra en la canoa que los conduce, se encuentra — nos dice el autor — « en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia. No sabía si aquello era la realidad o lo estaba soñando » (76). Cuando más tarde pisa la tierra tropical, « le parece que vive fuera de sí mismo, que es ingravido y flota en el aire. Así pasaron por delante de él las horas. ¿ Dormía ? ¿ Soñaba ? » (130).

En otra ocasión, al oír hablar de espiritismo, Benito se siente « en una atmósfera de misterio en la que llegaba a dudar de su propia realidad » (167).

Estos elementos, que acabo de señalar, son también visibles en las obras de Azorín « Angelita » y « La Comedia del Arte ». Es posible que sea el autor alicantino mismo el que se los haya transmitido, más bien que la influencia directa de Pirandello.

Al fin, no sin ciertas vacilaciones, se embarca Benito para América y, ya en el navío, nota que, con el ambiente, se acerca su abulia (99). Durante el viaje, encuentra a una « desconocida » — he aquí un elemento más de carácter pirandelliano — cuya lengua ignora. Hay un comienzo de conquista que, como cada intento de nuestro bendito héroe, queda en agua de borrajas.

En este punto, con algo de imaginación, podemos establecer un dualismo fácilmente comprensible. Mientras el navío avanza, Benito siente « una como niebla de nostalgia y, entre los vapores, la figura de Inés » (105). Decide él entonces que « la figura de Inés, tan fuerte, tan segura, tan decidida, era la representación más clara que podía formarse de la tierra firme » (Ibidem).

Si ello es así, la « desconocida », esa mujer con la que no podía comunicar sus pensamientos, ¿ es acaso la imagen soñada, irreal, que pierde consistencia ante la realidad y con la que no es posible llegar a la intimidad perfecta y, menos aún, a la posesión ? ¿ Acaso esa desconocida es la aventura que se busca eternamente y por cuya conquista imposible perecen tantos y se acumulan los daños ?

No sabemos lo que somos ni lo que llevamos dentro de nosotros mismos y veces hay en que somos Benitos, juguete de un sueño que rara vez se transforma en realidad.

Las navegaciones no son siempre divertidas. Por ello, a fin de hacer más llevadera la monotonía de la travesía por mar, se organiza en el barco una fiesta noc-

turna de disfraces. Benito, con ayuda de un camarero, logra vestirse de máscara con un « kimono de señora decorado con papagayos carmesíes, unas pantuflas árabes y un gorro turco » (116). El mismo camarero le ofreció « una barra de pintura para los labios, que Benito utilizó para pintarse de rojo la nariz ». « Completó la caracterización con corcho quemado, y la pintura quedó bien pronto barnizada por el sudor, como les ocurre a los payasos después de un ejercicio de fuerza. Cuando Benito se miró al espejo, no pudo contener la risa, pero una risa de piedad, de lástima a sí mismo » (Ibidem).

El disfraz era tan perfecto que, al contemplarse, se le ocurrió que « así era él en la vida, y que aquello no constituía un disfraz suyo, sino su ser natural » (117).

Nos hallamos ante el desdoblamiento de la personalidad, que es elemento esencial de varias obras unamunianas (El Otro, Niebla), así como también del pirandellismo.

Ese hombre sin voluntad, ese ser que no acierta a saber a ciencia cierta lo que quiere, es un fanteoche, un payaso que, al disfrazarse, descubre su propia personalidad. Bontempelli en « El hombre y la máscara » y Pirandello en « Cecé », nos presentan personajes análogos. No se trata de verdaderos hombres, sino de muñecos de cartón, de tristes curritos que, como los personajes de « Los intereses creados » y de « El Señor de Pigmalión », se mueven y obran según el capricho del que tira de los hilos que los retienen, impulsándolos a obrar.

Observemos que, aunque nuestro héroe

es representante exclusivo. Si embargo, no es dichoso. La nostalgia se apodera de nuevo de su espíritu y, como recurso, escribe a Inés. Hay en esta carta pasajes que merecerían ser reproducidos íntegramente, pero los límites de una relación lo vedan. Digamos, no obstante, que constituyen una delicadísima muestra de descripción de ambientes y paisajes tropicales. Se tiene, en efecto, la impresión de que vive uno, a medida que lee, en plena atmósfera tropical.

La conclusión de la carta es morrocotuda. Por ello, no puedo por menos de citarla : « Perdona este desahogo, Inés mía, pero no sé lo que escribo... Estas manchas que hacen correr la tinta, no quiero ser hipócrita, no son de lágrimas, son de sudor, pero te juro que siento unos enormes deseos de llorar. Quizás estoy llorando como deben de llorar en este país, en seco » (136).

Creo notar, además de agudísima puntada humorística, una crítica disfrazada de la colonización : « ¿ Tú sabes lo que es una ciudad de color ? Yo mismo empué a notar un poco negro, y siento deseos de explotar mis dientes con sonrisas largas y resgadas, y es que, en el fondo, me pesa la esclavitud, lo que se llama en nuestro país, sin dar sentido a esta palabra, la negra esclavitud, y el negro pan de la emigración. Frente a mí un negro frota con paño blanco el mármol, como si quisiera volverlo negro. He aquí el contraste de la ciudad, lo blanco y lo negro en pugna, en lucha, en guerra... Hay aquí negros millonarios... Toda la ciudad parece reír en risa de negros, enseñando los dientes al mar » (135-136). Cf. 151.

Vale la pena contrastar este paisaje negro con otro que, en realidad, es fruto de la imaginación de Benito, pero que corresponde exactamente a la realidad, a una realidad amarilla. Se trata de la impresión de nuestro héroe cuando, antes de partir, penetra en la mansión de su actual patrón don Armando : « Benito sintió en torno de sí un idioma extraño, que después de meditar unos momentos, comprendió era el chino. Sin saber cómo, le vino al recuerdo una convalecencia lejana, en un jardín, y, en ella, una taza de té, una taza de China, en la que los personajes minúsculos hacían reverencias en torno de un quiosco. Ojos oblicuos... los ojos que le miraban por todas partes eran oblicuos, y las sonrisas ocultaban una traición sobre las superficies negras, brillantes, por las que resbalaban túnicas de colores pálidos en paisajes dorados » (82). La pintura es hábil, rica en preciosismo, y los detalles se indican de modo minucioso y preciso.

La impresión de ambiente chino, de color exótico, se reproduce una vez más al descubrir Benito, en un café, donde se refugia con su tedio, a una nueva « desconocida » : « ¿ Dónde había visto una mujer como aquella ? Y se acordó de una taza de té... Los ojos oblicuos, ojos de almendra, con cejas finísimas... Los labios sin pintura, eran pálidos y encerraban el enigma de una palabra, de una última palabra, allí detenida por falta de interlocutor, y que Benito ignoraba en qué idioma se diría » (138).

La desconocida se llamaba Isabel, estaba casada con un plenipotenciario y se aburría (154). Benito junta su aburrimiento con el de ella, salen juntos y se pasean por la bahía donde « aun en la noche, las arenas eran rubias y las aguas azules » (145).



El Mundo es así

por ZENON

rudez de los sirvientes provincianos. La misma obra, pág. 293.

CITA FINAL DE ROMAIN ROLLAND. — Formaba parte aquel hombre del Ayuntamiento. Era un placer para él como para sus colegas hacerle alguna jugareta al cura de la parroquia. No hay que olvidar que el anticlericalismo de los pequeños pueblos franceses, resulta siempre, más o menos, un episodio de la guerra de sexos, una forma de la pelea sorda y áspera entre marido y mujer que se observa en casi todos los interiores caseros. — R. Rolland, « Antoinette », en « Jean-Christophe » págs. 15-16.

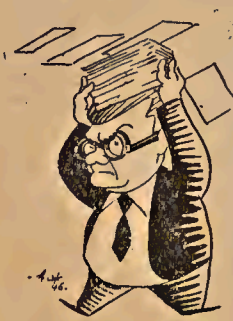
LIMITADOS QUE SOMOS. — Si en vez de medir pensosamente una décima de segundo de arco pudiéramos medir la cienmilésima, resultaría la astronomía completamente cambiada. Descubriríamos ciertas leyes relativas a movimientos de astros lejanos en el espacio, astros que los antiguos creían inmóviles cuando se desplazan con vertiginosa velocidad. — G. Le Bon « La vie des vérités », pág. 237.

DE FRANCISCO EL GRANDE. — Ser tirano no es ser sino dejar de ser y hacer que todos dejen de ser. — Quevedo.

EXCEPCIONAL. — Lo más extraordinario que podemos contemplar no es la enfermedad, sino la salud con sus defensas y precauciones. — Gaceta de « Le Journal de Genève » 21-22 diciembre 57.

LA OREJA DE MUSSOLINI. — En 1938 murió Gabriel D'Annunzio. Si no tuve estima por él a causa de sus excentricidades y de sus trampas, mis hijos estaban como locos por el escritor, sobre todo Edda, que llamaba Ariel a D'Annunzio (el cual no se llamaba D'Annunzio ni Ariel sino vulgar Raspagneta). Pero el entusiasmo de mi hija se enfrió cuando ella se casó (origen fático del entusiasmo mujeril). El autor de « La figlia de Jorio » nos envió cierto mensajero, portador de un regalo para Edda. El ceremonial que se desarrolló al ser presentado el regalo fué tan complicado que por un momento creímos recibir un tesoro. Abrimos el cofre. Contenia un vulgar pijama con flores de loto, uno de esos pijamas que ofrecen los vendedores ambulantes chinos a la ingenuidad del turista... Y en cuanto a mi marido, Mussolini, volvió enfermo, por entonces de casa de D'Annunzio, quien le había invitado a pasar unos días en Gardone. D'Annunzio tenía un barco en el jardín y hacía disparar un cañón todas las madrugadas, lo que desvelaba a Mussolini. Aparte de los cañonazos poco podía dormir porque le destinaron para compañeros de alcoba (como espías) dos arcángeles de piedra, mientras D'Annunzio dormía en un ataúd. Pero la mayor excentricidad nos la reservaba para después de muerto. Por testamento legó D'Annunzio a Mussolini una de sus orejas a condición de que el duce mismo acudiría a cortarlas con sus propias manos, cosa que no hizo. — Raquel, viuda de Mussolini, « Memorias » de publicación actual.

AMPULOSIDAD. — Si siempre necesitásemos lectores; ahora me resultan indispensables (lectores que lean ante el que no puede leer). Mi prosa, que siempre adoleció de ampulosa acusará más ese defecto a partir de ahora. Acaba de producirse una perturbación en la retina del ojo izquierdo, único que podía utilizar en mis tareas. Y en lo sucesivo he de dictar. Los artículos periodísticos casi nunca los dicté, prefiriendo escribirlos para lograr los más escuetos, cosa que muchas veces no conseguí. Como quiera que preferentemente me dediqué a la oratoria, al dictar incurro en la prolijidad de los oradores y — digámoslo por entero — adecuada a auditorios que no podrían captar íntegramente discursos muy concisos. Muy evidente prueba de la dispersión del pensamiento cuando se habla y no se escribe, queda hecha en el presente artículo. Sus líneas finales las pensé como proemio de una crónica cuyo título hubiese sido « Ojeada Mundial », pero mis divagaciones previas convirtieron el prólogo en epílogo. Además caí en cuenta de que el título discurrido rebosaba humorismo, porque mal puede echar ojeadas al mundo quien apenas distingue lo que tiene delante de las narices. — Indalecio Prieto, artículo de « El Socialista » fecha 12 diciembre 1957.



PERRO DIC-TADOR. — Acabo de casarme; seguramente será este marido el último entre todos los que he tenido porque supo conquistarme; es el único que simpatiza con mi perro. — Maria Chantal con humor perruno en la prensa del 5-12-57.

DECALOGO LAICO. — No te ocupes de asuntos ajenos. No adules. No tengas querellas. No murmures. No ofendas a otro. No divulgues secretos. No compares. Huye de la gente ociosa. Huye de la gula. No te empeñes en ser estimado por fuerza. Calendario de pared 16-12-57.

CREPUSCULO DEL CINE. — Estaba yo en una pequeña ciudad norteamericana. En la primera sesión de la tarde tuvo público el cine, aunque escasamente media entrada. No pude yo ir a tal sesión y rogué por teléfono a la empresa que me indicara hora de la segunda. He aquí lo que contestó el empresario: ¿ Desea usted venir a este cine? ¿ Está seguro? ¿ Quiere enterarse de cuando empieza la segunda sesión? Pues cuando usted guste... — Historieta de tertulia oída el 20-12-57.

MEDICO INTELIGENTE. — Apenas abierta la puerta del consultorio entró por vigésima vez aquella robusta señora. Tenía un ánimo tan sugestionado que vivía descubriéndose innumerables enfermedades. Por supuesto, nunca las padeció ni las padecería. Después de escuchar estocadamente el doctor a tan abrumadora señora, que explicaba síntomas del repertorio clínico más nutrido, tuvo que oír de labios del médico estas palabras: ¡ Ah, señora! ¡ Qué magnífica debe ser su fortaleza y qué maravillosa resistencia para que pueda resistir tantas enfermedades sin perder la salud! — Calendario mural del 4-12-57.

TORMENTO. — El mayor tormento para un hombre ocupado es el amigo que no sabe perder el tiempo estando solo. — M. de Unamuno.

JUVENTUD. — La juventud es un problema viejo. Yo soy de la generación del año pasado. — Palabras oídas en el último Pleno de la CNT en exilio (Toulouse).

POLITICA Y MALIGNIDAD. — Permaneced en bloque, pagad bien a los guerreros y no os importe lo demás. — El emperador Séptimo Severo al morir.

BRUJULA Y VELETA. — Ya sin juventud voy caminando cara a la altura que carece de presente y pasado. Pero no te odio... No has podido engañarme. Te creí brújula y resultas veleta. — Jaime Torres Bodet, « L'Age », junio 1950.

VACAS MILITARESCAS. — Por un detenido estudio de observación hecho en una granja de Berlín-Oeste nos enteramos de que las vacas se entusiasman oyendo música de banda militar. — Prensa 1-7-57.

ZOOLOGIA PERSISTENTE. — Fuera de unos cuantos espíritus que por nobleza moral y desprecio de honores decretados están muy por encima del rebaño, la humanidad vive todavía una época zoológica como el cerdo. Tiene derecho a la indulgencia que concedemos a los animales. No tiene derecho a más y a veces tiene derecho a menos. — Albert Lantoin, « La fin des Francs-Maçons? », Edición Ermita.

HABLA UN ESTADISTA. — La fastidioso de nuestro capitalismo — dijo un

hombre de Estado en Inglaterra — es que el conjunto gubernamental va llevando la gerencia según los métodos comunistas. — « La Nef », número 75-76 en un volumen, abril-mayo 1951, pág. 215.

TRES REMEDIOS. — Afortunadamente dejó al morir tres grandes sucesores en mi vida de médico: Agua, ejercicio y dieta. — Doctor Falconet, célebre facultativo francés del siglo XVII hablando con sus colaboradores.

DISCRETA OPINION. — Hay gentes que no tendríamos inconveniente en estimar, pero a condición de que no nos estimaran. — Mme de Girardin.

IMPERIO FALICO. — No puedo facilitar nombre ni señas... Me dejé seducir por dos hombres de la fábrica donde trabajo, los cuales me hicieron valiosos regalos. Mi marido tiene un empleo modesto y en lo que me concierne querría mejorar yo mi situación. Acaba de nacerme un hijo. Es adorable, pero estoy fastidiada porque no sé quién es el padre. Afortunadamente, mi marido no sospecha nada. ¿ Puedo pedir a los seductores que me indemnicen? — « France-Soir », 8 junio 1956.

DEFINICION COMPRIMIDA DE PARIS. — Paisote domaine, amoureux berger, repos sans danger justice hautaine, paradis des femmes, enfer des mulets, purgatoire des solliciteurs. — Balzac.

PARA QUE? — A qué conduce perder tanto tiempo tratando de cambiar el carácter de una mujer cuando es tan sencillo cambiar de mujer? — Jean Rigaux.

HISTORIETA AUTENTICA SOBRE CLEMENCEAU. — Un amigo del renombrado Tigre — así se llamaba al político Clemenceau — habló cierto día a este recordándole que en febrero de 1919 un tal Cottin agredió al Tigre como blanco político. Clemenceau se interesó vivamente por el agresor. Le dijeron que Cottin leía las obras del agredido y que había cancelado el antiguo resquemor. Pues invítente en mi nombre — dijo el Tigre — y que venga a almorzar porque nos explicaremos los dos mano a mano en casa... El proyecto no tuvo realidad. Apenas propuesta por Clemenceau la entrevista con su agresor, el viejo político cayó enfermo y murió. — Prensa de Montpellier, 27 septiembre 1941.

MONTGOMERY. — Este general británico es un puritano abstemio respecto a bebidas, alimentos fuertes y tabaco. En ocasión de disponerse a visitar Montgomery a su amigo Churchill, le dijeron a aquél que no dejara de aceptar unos tragos de whisky que Churchill le ofrecería probablemente. A lo que replicó el general vencedor de Rommel en El Alamein: No beberé whisky ni nada. ¿ Para qué? Podría resultar si empuñaba el codo que en vez de un Churchill viera yo dos juntos a mí... ¿ Querría decir Montgomery que ya hay bastante con uno? — De la tertulia.

OTRA HISTORIETA. — Tuve en mis manos cierto día el destino de Winston Churchill. Tras un ataque laborista a los conservadores vino Churchill a mi encuentro y de buenas a primeras espetó la proposición de que él — Churchill — se haría laborista si yo — Stafford Cripps — me bebía una botella de champagne. Naturalmente, no acepté, y gracias a mi renuncia a beber sigue Churchill en el partido conservador. — Stafford Cripps (ya fallecido), campeón de la teórica austeridad británica, texto leído en un seminario de Londres de noviembre 1957.

ASTROS Y ASTROLOGIA. — Viéname a la memoria haber leído en antiguos libros que en un convite que Filipo de Macedonia hizo, fué puesto en disputa entre él y muchos filósofos, cuál fuese la mayor (mejor) cosa que tenía el mundo, a lo que respondió el magno Filipo que el agua por la multitud de mares y ríos, lagos y fuentes. Otro dijo ser el gran mon-

te Olimpo, cuya cumbre se remonta sobre la segunda región del aire. Dijo otro que el famoso gigante Atlante, sobre cuya sepultura estaba fundada una montaña maravillosa. El último consultado, más sabio o inteligente sin duda que los demás, dijo públicamente: Sabe, Filipo (has de saber) que ninguna de las cosas humanas es mayor ni más mercedora de ser llamada grande que el hombre docto que se conforma con este dicho de Ptolomeo: El varón sabio domina la influencia de las estrellas (el sino), o lo que es igual, sapiens dominatibus astris. — Francisco Gilabert « Sobre la caildad de Cataluña », capítulo « El brazo militar », Lérida 1616, pág. 9.

PRUDENTE ISLANDIA. — En las sesiones del Pacto Atlántico (1950) faltaba siempre un delegado. Era el de Islandia, quien al iniciarse el comicio declaró francamente en vista del carácter que iba tomando el debate: Mi país carece de ejército, como también de marina y aviación. En vista de eso y de que aquí sólo se habla de guerra, lo mejor que puedo hacer y voy a hacer inmediatamente es regresar a mi país. — Prensa 11 mayo 1950.

NADA PEOR QUE... — Nada hay tan grotesco y despreciable como un joven pesimista a no ser un viejo optimista. — M. Twain.

REVOLTIVO. — El espíritu legal es como una amalgama o revoltijo de lámparas eléctricas, cerrojos, hilo, dados de juego, papeles, cepillos de boca, una nariz roja y dos enormes orejas. — Thomas Dewey.

YA LO SABIAMOS. — Los enfermos están encantados con su enfermedad. La mayor parte de ellos no quieren curarse. Llaman al doctor para documentarse. Gustan de permanecer en estado excepcional porque éste les da ocasión de hacerse mimar y también de hablar incesantemente de la enfermedad y exhibirse para que rabien de envidia los sanos. — Doctor Hill en el Congreso de Medicina de Londres (1950).

PRINCIPE DE LA CONA. — El príncipe Bibesco tuvo la ocurrencia en París de enviar a quince directores de teatro en 1930 el texto de la famosa obra de Molière « Georges Dandin ». La envió copiada a máquina y sin más precaución que cambiar el título y los nombres de personajes que figuran en la comedia. De los quince directores, ocho no se molestaron en contestar. Por lo que toca a los siete restantes, declararon que la obra no era teatral. — « L'Aurore », 5 septiembre 1951.

GENIAL WELLS. — Es mucho más grave el hecho de que tantos millones de hombres fueran patriotas estúpidos o apáticos y no supieran evitar el desastre mediante un movimiento favorable a la unidad europea sobre líneas francas y generosas, que el hecho de que un pequeño número trabajara para producir la catástrofe. — Wells.

LOS PREGUNTONES. — Son insaciables los menos inteligentes y discretos los más razonables. Ya lo dice la cuarteta jetera:

El preguntar es muy fácil,
El responder más penoso,
Por eso al sabio más sabio
Lo pone en aprieto un tonto.

CITA DE ROMAIN ROLLAND. — Und ween die Welt voll Teufel wär, und wollten uns verschlingen, so fürchten wir uns nicht so sehr (Y aunque el mundo estuviera lleno de diablos y quisieran engullirnos, no tendríamos miedo). — « La foire sur la place » en « Jean-Christophe » pág. 288.

OTRA CITA DEL MISMO AUTOR. — Tenía aquella sirvienta cierto buen sentido, un poco grosero por cierto, alejado igualmente de la pedantería que ostentaban los criados de París y de la espesa testa-

ENSAYOS DE NUEVOS DESCUBRIMIENTOS



NO deseamos relacionar la arqueología maya con la egipcia, porque ello sería intentar un estudio que consideramos absurdo, sin base científica, de momento. Pero, es curiosa coincidencia que las pirámides mayas — como las de otras culturas del Valle de Méjico, por ejemplo — tienen casi la misma construcción. ¿A qué obedec, pues, ese parentesco arquitectónico? Existen muchas opiniones, que se empeñan en decir que la cultura maya, verbigracia, es una rama de la egipcia, y que las corrientes migratorias, a través del Estrecho de Bhering, vía Asia, formaron las sucesivas civilizaciones que justifican la serie de monumentos que tanta semejanza dicen tener con las egipcias. Dan para ello muchos cientos de años para este desarrollo.

POR

JESUS LEA NAVAS

momentos se conserva en perfecto estado, como si fuese un pueblo español trasplantado a este gran Méjico.

Cuando los conquistadores españoles pisaron suelo de Copán, en Honduras (América Central), encontraron ruinas enormes escondidas entre la maleza de una selva impenetrable y muy exuberante. ¿Qué había pasado allí? Pues sencillamente, que aquello era desolación y muerte, porque a los pies de los españoles había sólo ruinas, algunas de un alto valor para la arqueología americana. Muchos siglos después, los aventureros de otras naciones hicieron estudios sobre el terreno; pero en realidad, en los archivos de Indias, en Sevilla hemos visto escritos sobre tales ruinas, que denotan algo más que los trabajos de un Morley, por ejemplo. Los españoles dijeron haber visto siete grandes ciudades, una encima de otra, como si los mayas no hubieran tenido tiempo para crear sus pueblos en otra parte y se aprovecharan de los medios antiguos para desarrollar nuevas culturas sobre los restos de las anteriores. Y entre los historiadores de Indias, como entre cierto « dilettante » hondureño cuyo nombre está asociado a muchos estudios sobre estas ruinas, hay coincidencia en esto: que las sequías hicieron desaparecer a un Imperio, porque los mayas eran un Imperio, y las consecuencias de ello fueron las epidemias, el hambre, etc., etc., etc.

Los españoles siguieron adelante, pero sus observaciones quedaron anotadas en el carnet o en la retina de sus oficiales. La zona arqueológica de Copán (Honduras), que es la principal del Imperio maya, no podía ser útil ni como lugar estratégico ni como futuro pueblo.

Los mayas eran un pueblo de artistas esencialmente. Por eso, su alta espiritualidad lo denota. Y éste es su mayor mérito. No puede tildarse al hombre maya de su época de plagiar a sus antepasados por el hecho de levantar su ciudad imperial sobre los despojos de las anteriores. Simplemente se quería aprovechar los cimientos primitivos para crear nueva civilización, del mismo modo que los españoles construyeron la catedral de Méjico, por ejemplo, sobre las mismas bases de la gran pirámide de la Gran Tenoxtitlán.

Naturalmente, que hubo que derribar los dioses y templos pequeños de esta última y aprovechar sus inmensas moles de piedra de granito para levantar columnas y más columnas que elevaban más aún la altura de sus piedras hasta el nivel de la misma. Pero, el hundimiento que se adivinaba en la gran pirámide, cuyas bases hacían agua, hizo arrojar sobre la base convencional nada menos que todo un bosque de fresnos, cuya flexibilidad y vibración, etc., consideraron los arquitectos españoles de su tiempo la mejor forma para evitar aquél.

Sólo los pueblos artistas son capaces de crear, porque tienen fe y no son militaristas. Si los mayas, con ser un pueblo de exquisita cultura, hubieran sentido el desco de matar, sus construcciones se habrían llevado fuera de Copán y cada civilización habría sido levantada en lugares distintos, evitándose, así, la muerte de cientos de miles de hombres, para transportar esas inmensas moles de piedra, que supone la construcción de pirámides y edificaciones semejantes. ¿Cuántos miles de personas no han quedado debajo de las moles de piedras de la gran pirámide de Méjico y de la misma catedral metropolitana?

En la arqueología maya hallamos esculturas interesantes, que en muchos aspectos son de trazos más artísticos que los de la cultura egipcia. Por ejemplo, ciertas cabezas de piedra, encontradas tiradas en la selva de Honduras o del territorio de Méjico (zona de Veracruz, Canche, Tabasco, etc.), tienen líneas humanas, graciosas, con rasgos de inteligencia, comprensión y carácter. Esas esculturas en relieve hablan de dioses, pero, también, de genios de la política, de la ciencia, del amor o del arte. Porque en cada rasgo de piedra hay calor humano y, por ende, vida; esa vida de hombres que parecen decirnos de la

Naturaleza, del mismo modo que un poeta de nuestro tiempo nos hablaría del amor o del arte. Hay figuras milagrosamente salvadas de su destrucción que denotan el grado de cultura de su escultor y de la civilización de su época. Y ello es cultura maya, ese pueblo que desapareció de la tierra sin dejar más rastro que su arqueología.

Los hombres de nuestro tiempo no han tenido tiempo de estudiar los rasgos de ciertas esculturas mayas, tan distintas de las egipcias. Porque las primeras significan amor, arte y vida; las segundas militarismo, despotismo y muerte. La ternura de una de las estatuas mayas habla elocuentemente del amor, nos dice cómo piensan sus hombres y cómo ha sido esta civilización, objeto de estos ensayos y de tantas obras oscuras que poco dicen de esas culturas de la América Central. La estatua egipcia habla de sequedad y de ciencia, pero de más avanzada escuela en orden a su cultura. He ahí la diferencia entre los dos imperios: maya y egipcio.

Todavía, en honor a la verdad, las ruinas mayas de Méjico y de la América Central pueden darnos críticas más puras en relación con el aparente parentesco egipcio. Por eso hemos redactado este ensayo porque en la zona de Chiapas (Méjico) hay nuestros descubrimientos que por razones que comprendemos pueden darnos la clave de las culturas de la América en relación con las egipcias.

Hay otros autores, una minoría selecta, que niegan esa procedencia, porque consideran ridícula, aunque respetable, tal tesis. Abundan para ello en que esos monumentos no pueden compararse a la cultura egipcia, porque no sólo ésta data de miles de años, sino que fueron principalmente hechas para tumbas de emperadores; en tanto que los de la América del Norte y Central — donde radican esos vestigios objeto de estos ensayos — fueron en realidad observatorios astronómicos, templos, de todo menos tumbas... Además, las líneas de las pirámides de América, con ser tan notables — véanse las de San Juan Teotihuacan, en el Valle de Méjico — carecen de las aparentemente similares egipcias. Las pirámides de América tuvieron, como hemos dicho, misiones distintas, y existen distancias tan grandes si tomamos como punto de partida el Estrecho de Bhering, que lo lógico sería hallarlas en el curso de esas migraciones asiáticas-africanas. Porque desde dicho punto hasta el Valle de Méjico, o sea desde Alaska, Canadá, Estados Unidos, las Californias, etc., no hay nada parecido, ni siquiera restos que puedan darnos una indicación al respecto.

Los conquistadores españoles son los más autorizados para darnos algún indicio. No fué así, a pesar de su profunda penetración en lo que hoy es territorio de los Estados Unidos de Norteamérica; ni siquiera las famosas « siete ciudades de Cibola » de que nos habla un misionero español de la época, cuyo espejismo le dijo hallar ruinas de un Eldorado en el territorio de la actual Unión Americana, son más que un pueblo original en sus construcciones aborígenes. Y conste que la penetración española en América llegó a Alaska y Canadá, esencialmente por la costa y el mar. El marino De la Cuadra, que tiene en sus actuales descendientes una hacienda de su mismo nombre junto a Taxco (Méjico), logró avistar y descubrir toda la costa del Pacífico hasta el Estrecho de Bhering, pisando tierra en Alaska, Canadá, Estados Unidos y las dos Californias... Hemos visto algunos papeles que exhibe la familia de este marino español (que llegó a almirante de la escuadra española de su época) en esa hacienda, que más bien parece un pueblo y que, actualmente forma un casco de población en el camino real desde Taxco a Ixateopan.

Hemos hablado de Ixateopan, porque se dice están los restos del último emperador de los mejicanos, Cuauhtémoc. A pesar de los asaltos que sufrió la hacienda del almirante De la Cuadra, en estos



NOTICIAS BREVES

En Sevilla tratan de instalar una estación radiotelevisora. El propósito es inaugurarla en verano del 1958.

De Buenos Aires nos transmiten la mala nueva del fallecimiento de nuestro particular amigo Domingo Landolfi, hombre excelente, trabajador infatigable y de una sensibilidad muy afinada. Era el gerente de la Editorial Americalee, a la cual salvó del naufragio merced a su energía y a sus dotes de organizador.

Reciba su apreciada familia constancia de la pena resentida por SOLIDARIDAD OBRERA a causa de tan dolorosa pérdida.

Pronto va a ser reinaugurada en Madrid la Casa de Velázquez, centro docente francés instalado en la Ciudad Universitaria. Director previsto: Henri Terrasse. Como se recordará, la Casa de Velázquez fué destruida en 1936-1937 por la vesania franquista.

En el Palacio Nacional de Montjuich, Barcelona, hace año y medio que está instalado uno de los órganos más modernos y completos del Mundo. Pero no puede funcionar por abandono de las obras (albañilería, pintura) que deben adaptarlo al conjunto de la espléndida Sala. La

importancia material de dichas obras se cifra en 111.650 pesetas.

En Coullioure (Pirineos Orientales) hay abierta una suscripción para elevar un mausoleo sobre la tumba del eximio poeta Antonio Machado.

Cuantos lectores deseen colaborar en la misma pueden dirigir sus donativos a Juan Ferrer, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), hasta el 31 de enero de 1958.

Falleció en Barcelona el compositor Joaquín Serra, conocedor de toda música, más especializado en la composición de sardanas.

PROLOGO
DE LA
NOVELA
INEDITA

LOS CARDOS Y EL DESIERTO



STOY, como quien dice, en capilla. Dentro de unas horas, dentro de unos días, o acaso dentro de unas semanas, como ese carcelero que tiene la cara del color del vinagre me ha dicho, bailaré por los aires colgado del cuello. Pasado el trance, la tranquilidad eterna será conmigo. No quiero decir con esto que un momento de terror vendrá para mí, ni tampoco que esté impaciente. Ni miedo ni curiosidad siento por lo que me espera. Ningún nerviosismo. Solamente, quisiera saber el tiempo que me queda, con el cual pueda contar. El tiempo éste, último para la función de pensar que es la única fuente de placer sin fin y sin hastío. Pensar, la única cosa o acción que me fué leal y amiga. Pero, el tiempo que me queda, ¿para qué quiero saberlo? Si para el caso es lo mismo. No; verdaderamente no es lo mismo. Dejar correr la imaginación por los campos del recuerdo reviviendo los paisajes y los hechos, o centrarla en algo profundo, abismos llenos de deleites, es sentirse uno mismo dentro de sí como en un mundo fuera del mundo, fuera de ese mundo que ha ya tiempo para mí no existe, ni para el cual yo tampoco.

Ahora, cuando me han juzgado y condenado, no ha hecho ese mundo otra cosa que concluir un asunto ya de mucho tiempo prácticamente realizado. Terminarán físicamente conmigo y negocio concluido. Terminarán, pues, la comedia de mi yo social en ese mundo de comedias y de tragedias.

Parece que ya estoy viendo el aparato, es decir el tinglado alzado en el escenario donde tantos antes de mí y tantos otros después jugaron y jugarán la escena apoteósica de los vencidos. Allí, en un rincón del patio habrán, pues, levantado el patíbulo. Algo en esto se ha progresado porque los vencidos no son expuestos a las iras o a la irrisión del populacho, ahora. No estimulan ni excitan las pasiones mórbidas del hombre, cuya tendencia más visible es ésa de gustar con deleite los espectáculos truculentos a los que acuerda una preferencia asidua. No estimulan de esta guisa, digo.

Es verdad que ya no se tiene necesidad del espectáculo patibulario para estimular las tendencias innobles y malsanas, porque de ello se ocupan, consiguiéndolo con creces, la letra impresa y las imágenes del cine.

Volviendo a mi idea. Sobre el patíbulo, al abrirse sin prisa el alba gris, el alba melancólica, allí estará el verdugo esperándome. Hacia él me harán avanzar en esa hora de tristes tinieblas que se desprecian, envuelto en la compañía de la curia tentacular para presenciar ella el fin de su misión con el de mi existencia, ejecutando al pie de la letra el trabajo por el cual cobra un salario el representante de esa curia.

Ese momento, que ahora imagino, llegará dentro de poco aunque, como he dicho, no se exactamente cuándo. El verdugo, indiferente y rutinario, me pasará la cuerda al cuello. Hará que se abra la trampa bajo mis pies y entonces será cuando me balancearé como un racimo colgado del sarmiento macabro. El espectáculo se desarrollará de manera parsimoniosa y mecánica, indolente, regularmente, como es costumbre en los funcionarios que sirven al Estado.

¿Cuál será mi última visión? Una penumbra de color sucio, de donde descollarán sombras siniestras de gentes que me dan lástima. Me dan lástima, porque de mi existencia, antes ya de llegar a éste su fin humillante, doblé el cabo del odio. ¿Mi último pensamiento? No puedo decirlo, no lo sé. Después... Todo habrá terminado. No. Aún no. Aún los periódicos insertarán una o varias sargas de tonterías a mi costa, como las que insertaron antes; y después, sí. Después, nada. Muerto, definitivamente muerto. Quiero decir, la nada absoluta. Habré muerto para los otros, para el mundo, para los hombres. Yo para ellos. Ellos para mí hace tiempo que murieron. Así ha sido. Primero les amé. Después me dieron miedo, recelo y desconsuelo. Más tarde les odié. Luego me fueron indiferentes. Y por último murieron. Murieron ellos y yo mismo también. Por eso tengo indiferencia ante el patíbulo que me está esperando. No tiemblo ante él, que es una escalofriante amenaza, ni ante el hecho físico de la muerte; porque ya estoy muerto, ya soy nada.

Me hizo gracia el Tribunal al decirme después de la sentencia que podía elevar recurso al Supremo, acompañando una recomendación de que lo hiciera. Y el defensor lo mismo, al insistir sobre el asunto hace poco, aquí en la celda. Por eso respondí a éste que no perdiera el tiempo, porque yo era hace mucho ya, un muerto; y a aquél, que me dejara tranquilo sin hacerme más tener que soportar la pesadez de su farsa.

Suponiendo que me dejaran la vida física para pasar (lo que de ella me quedara) emparedado en una celda sino era en vejección perpetua por el trabajo y la disciplina penitenciaria, ¿qué sería la vida para mí? Una carga insoportable. ¿Y el mundo, en el supuesto que me devolvieran a él?

Del mundo no quiero saber nada. Mepecé por verlo como un maravilloso vergel y después se me apareció como un desierto. Un desierto infinito sin una

sombra que me diera alivio y sosiego, sin un arroyo, sin un manantial, sin un hilo de agua donde apagar mi sed, sin otra altura delante de mí que esa dura y feroz de las montañas escuetas, repelentes, peñascosas, con sus hendiduras atormentadas, tortuosas, retorcidas por los elementos inclementes. ¿Qué me dió el mundo a cambio de mi entrega total, de mis esperanzas, de mis sueños, de mis creencias entusiastas en su bondad, en su ternura, en su desprendimiento, en su solidaridad en su comprensión, en su inefable acogimiento, en su amor... ¿Qué me dió el mundo a cambio de creer y confiar en el amor del mundo? Amarguras, decepciones, incluso cuando a mí vino alguna que otra flor de vida, flor que puesta se convertía en cardo, miel que después se convertía en hiel. ¿Doliente verdad? Ahora me encojo de hombros y veo al mundo destruyéndose ir hacia el suicidio, sin una emoción.

Fuí un cosechero de cardos. Sí; haciendo la cuenta de mis días, puedo resumir que cardos tan sólo recogí. Que se

bres de años pasados que eran eternidades, siendo al fin satisfecho, salvándome de la tortura de morir viviendo, transformándose en horizontes risueños multicolores el paisaje desolador de los cardos y el desierto.

Además, ¿por qué no?, del fruto de ese árbol saldría simiente; que sembrada a su vez daría plantas, y con ellas, otros árboles de la misma especie. Entonces, con mayor razón, podría declinar lenta y tranquilamente hacia la tumba. Y mi crepúsculo sería bello, como yo lo soñaba, olvidando todos los sinsabores, perdonando todos los agravios, disculpando todas las incomprendiones, dejando de lado la presencia amarga de las pasiones malsanas que el hombre anida, del hombre, desgraciado enemigo del hombre. Porque las puertas de la esperanza se abrirían de par en par en mis sentidos. Me extinguiría entonces así, en elevado colquio con el árbol querido salvador de mi naufragio.

Pero debe estar grabado en algún designio oculto que jamás la miel llegaría

por FABIAN MORO

iban acumulando. Y bajo ese montón que se formó quedó sepultada mi existencia asfixiándose bajo su peso.

Larga fué mi resistencia, sin embargo. Siempre, durante mucho tiempo, un rayo de sol brillaba en mí. Rayo de sol que, pasando por las hendiduras de las rocas, vivificaba las íntimas fibras de mi ser, las cuales vibraban, aunque con tristeza, por encontrar un motivo de amor, de vuelta a la confianza. Frente a ese rayo de sol me paraba largo tiempo por ver de recoger en él motivos ciertos de esperanza, y volvía a buscar flores entre los cardos.

Era tan grande el deseo de no decaer, que a veces sufría espejismos; y los cardos se me aparecían como flores radiosas. Y con el entusiasmo de los luminosos y risueños primeros tiempos, aquellos de las ilusiones, me inclinaba a recogerlas para gozar de su fragancia. En mi obsesión, y ante la risa mordaz de la realidad, los pinchos que me herían eran tomados por espinas... hasta que al fin tenía que convenir que no eran espinas de flores sino pinchos de cardos. Y mientras la realidad soltaba la carcajada, yo me quedaba con el corazón paralizado y en mis adentros me decía: imposible, imposible...

Para salvarme de este naufragio moral, para evitar la derrota de mi existencia, para hacer posible mi vida en este desierto sin oasis, decidí plantar un árbol, y sería regado con ese caudal de sentimientos que se fueron acumulando, esos sentimientos que no buscando más que darse, habían a través del tiempo formado como una masa pesada a fuerza de contenerse, forzados a estar recogidos ante las arenas del desierto y los inmensos espacios solitarios. Ese árbol sería cuidado con sumo esmero y crecería según mi deseo y me daría un día los frutos exquisitos del espíritu que aún no me había sido dado gustar.

Planté el árbol. Comenzó a crecer con gran alborozo mío. Lleno de entusiasmo lo cuidaba, esperando (rejuvenecidos ensueños) el tiempo futuro que me diera el consuelo de su sombra, la alegría de sus flores, verdaderas flores de la especie que siempre busqué; y después vendría el fruto, ese fruto que aplacaría mis ham-

a mis labios de otramanera que en sueños. Ese árbol que como último asidero y suprema esperanza empezó a alzarse en el desierto por obra mía, resultó, peor que esteril, detornado, absurdo, anormal. Esa realidad no la vi enseguida, sino algo avanzado el tiempo. Me dió tanto espanto, que al principio me negué a admitirla. Parecióme inconcebible, imposible. Pero hube de rendirme a la evidencia, al fin.

Ese golpe moral me fué definitivamente mortal. Pereció mi última esperanza, doblemente; por ella misma y por su causa. Resignado, seguí cuidándolo con amor. Hasta que un día, por su bien, decidí cortarlo. Ese acto es considerado como un delito por la sociedad, que da suma importancia a los efectos sin ocuparse de las causas.

Así fué como ese delito me llevó ante el tribunal y la justicia me condena a morir, a perecer, que es señal ignominiosa; perecer en la horca, creyendo que lavan con esa condena extrema el mal que, según su juicio, yo hice. Mal por mal: esa es la ley. No ven que fué un bien lo que hice ni que es un bien lo que me hacen.

Pero... ¿por qué este soliloquio? ¿Por qué discurso de esta manera? ¿Por qué dejo sobre el papel esta intimidad que me haría daño si ya no fuera insensible al dolor del alma, a las penas del corazón? ¿Y para qué? ¿Para que el tiempo me pase insensible? No. No me hace falta. No me queda sensibilidad emocional ni para aburrirme. Los muertos no se aburren. ¿Para confesarme, entonces, a mí mismo ya que no tengo necesidad de confesor oficial ni convencional? No, tampoco. En mí no se halla la debilidad de buscar el último cobijo, ni la idea del perdón, en el acaso religioso; ni me siento culpable porque mi acto ha sido un acto bueno. No digo humano, porque el sentido verdadero de lo humano está aún por sentirse y por realizarse. Lo humano ha sido y es hasta ahora, crueldad, odio venganza, egolatría, expoliación, daño, fealdad.

Como el hombre es un hipócrita, gusta siempre de adornarse con cualidades que ni siente ni practica ni tiene, cubriendo siempre con vocablos halagadores su nomenclatura zoológica. Humano nos da la

idea inconfundible de apoyo, de comprensión, de solidaridad de la especie humana, cuando en realidad resulta todo lo contrario y cualquier especie de la escala zoológica siente y practica estas virtudes entre sí como una ley natural que es, sin hacer ostentación. Esto es tan sólo lo que el humano practica: la ostentación por vanidad.

La vanidad es la enfermedad hereditaria más arraigada en el género humano, y de ahí el gusto por la ostentación. ¿Por qué escribo, pues? No lo sé, en verdad. Un impulso que nace en el fondo de mí ser mueve mi pluma ahora mismo y las ideas bullen en mi cerebro que parece una caldera puesta al fuego. ¿Estaré tocado de vanidad yo también? Me he dicho varias veces ya que soy un muerto. Sólo muriendo el hombre consigue despojarse de ese feo ropaje que es la vanidad. Por eso siento que ya no la tengo. Por esto mismo y porque no me siento culpable, no puedo decir que sea acaso para pretender exponer al mundo mi defensa, que, desde luego, desprecie de hacerla ante el tribunal dispuesto a condenarme a la última pena. Si me creyera inocente, podría proclamar en ella mi inocencia y la injusticia de la justicia.

Al realizar el acto, no tuve en cuenta lo que sabía que me esperaba, ni pretendí eludir la consabida responsabilidad civil y penal. Por eso me entregué diciendo al comisario de policía: «El fantacida que se busca soy yo». Me siento fuera del juego farsante de la sociedad aunque no puedo ni quiero eludir su engranaje triturador. En la que los hombres se agrupan para enfrentarse. No se devoran pero se explotan o se aniquilan en masa. En la que un grupo se impone y los demás acatan cada uno a su turno en nombre de la paz, de la justicia, del bien de todos.

No me siento culpable ni hice nada malo o inmoral según concebí el sentido de la moral que animó mi conducta en los tiempos que escogí el camino que siempre he considerado recto. Inocente tampoco, porque proclamarme inocente es convenir con el círculo estrecho de la moral parcial al uso de castigos y de recompensas, es entrar en el mundo mental viciado y en el social mal organizado.

■ A la página que sigue ■



«Fuí un cosechero de cardos...»



NIHIL NOVUM SUB SOLE



La depreciación de su moneda es el tributo que las naciones han de pagar, por ley fatal de la economía, cuando se avinieron a sufrir guerras, revoluciones o tiranías. Apenas había redactado esta sentencia, cuando una carta reciente de un ilustre amigo de Bogotá, me anunciaba que el peso colombiano había tenido también que pasar por el Jordán de una devaluación y estabilización monetaria. La desventura era inevitable desde el día en que el país, privado de su tranquilidad y libertades, se vió sometido a la siempre descabellada administración de una dictadura.

La experiencia es tan antigua como la humanidad. No hacía falta esperar a que Smith, Ricardo, Marx, Pareto y Keynes desarrollaran sus teorías económicas, para comprender de manera clara y sencilla el proceso de las inflaciones y devaluaciones. La mayoría de la gente no se lo explica, porque los economistas escriben en el lenguaje enigmático de los técnicos y especialistas. En economía acaece como en filosofía que las más de las veces la oscuridad no consiste en las doctrinas mismas, sino en el lenguaje confuso, para iniciados, de quienes las exponen. Confieso humildemente no haberme percatado del verdadero mecanismo de una devaluación monetaria hasta que cerré los libros de economía y me puse a estudiar directamente la historia.

En el libro XXXIII, Cap. 13 de su « Historia Natural », pongo por ejemplo libro escrito hace unos mil novecientos años por Plinio el Viejo — se refieren con gran claridad las causas y efectos de la devaluación monetaria en la Roma antigua. Puede el lector curioso acudir al relato de Plinio ; yo no voy a recoger aquí más que algunas referencias útiles.

La moneda romana anterior a la invasión de Pirro, rey del Epiro, era el as o libra, que se llamaba así porque pesaba una libra de cobre. La primera moneda acuñada en Roma en tiempos del rey Servio Tulio, llevaba la imagen de una oveja o pecus, de donde viene que se llame pecunia y pecuniario a lo que tiene relación con la moneda. Probablemente el cuño indicaba que la pieza de moneda valía por una oveja. Asimismo, la primera forma de capital, es decir, de riqueza sustraída al consumo y destinada a la producción de nueva riqueza, apareció cuando el cazador se hizo pastor nómada, siguiendo las emigraciones de los rebaños trashumantes que le procuraban los medios de vida ; lo cual explica que las capita o cabezas de ganado dieran el nombre a la primera forma de capital que los hombres inventaron.

La primera moneda de plata se acuñó el año 485 de la fundación de Roma, cinco años antes de la primera guerra púnica, disponiéndose que el decenario o denario valdria, como lo indica su nombre, diez libras de cobre. Del denario procede nuestra palabra dinero.

Pero sobrevino la primera guerra púnica. La República romana hubo de empeñarse hasta la cabeza para hacer frente a los gastos militares, y al liquidar las deudas de guerra, los consules inventaron la devaluación, ordenando que el peso o libra contendría en lo sucesivo solamente dos onzas de cobre. « Merced a este artificio — comenta Plinio — se hizo una reducción de cinco sextos, enjugándose la casi totalidad de la deuda pública ». El Estado había recibido una cantidad de pesos que pesaban cada uno una libra de cobre y los devolvía pesando sólo dos onzas. No había otra manera de ajustar las cuentas a las realidades.

Posteriormente, cuando Anibal puso en grande aprieto a Roma, durante la dictadura de Quinto Fabio Máximo, se acuñaron ases, es decir, libras que sólo pesaban una onza. « Con la reducción del peso de la libra, la República se beneficiaba netamente en la mitad de su valor », comenta Plinio. Poco después, para liquidar la segunda guerra púnica, la ley Papinia dispuso que las libras pesasen sólo media onza. Y es que las guerras, aun siendo victoriosas, acarrear siempre la ruina de las naciones. Claro es que esta devaluación vino a ser en la práctica la espoliación de la clase media y el enriquecimiento desmedido de los grandes patricios que habían invertido en propiedades y bienes reales sus riquezas. Por eso, con las guerras púnicas aparece la gran desigualdad social, el proletariado romano y los grandes latifundios que habían de arruinar la República, desencadenar la guerra civil y social, instaurar el Imperio y hundirlo : **latifundia perdiderunt Italiam, jam vero et provincias.**

Sesenta años después de la primera mo-

neda de plata, se acuñó en Roma la primera de oro, que había de contener veinte gramos del precioso metal. La libra de oro pesaba, naturalmente, una libra ; por

la devaluación de la moneda y el alza de los precios de las mercaderías.

Tal es el fenómeno conocido modernamente con el nombre de inflación, inevi-

por **Fernando Valera**

eso se llamaba así ; pero « los emperadores fueron recortando el peso del denario de oro » a medida que lo exigía periódicamente la necesidad de liquidar las deudas del Estado.

En la Edad Media, los reyes cristianos practicaron con diversa fortuna e intenciones la política de aumentar o disminuir el valor real de la moneda. Cuando el rey quería proteger a la aristocracia y a los acreedores, mantenía o aumentaba el peso efectivo de oro o plata de la moneda ; cuando buscaba granjearse el apoyo del pueblo y de los deudores, lo disminuía. Si el rey reducía el peso del contenido de precioso metal a la mitad del que antes tenía, entonces, el súbdito que debía cien libras de oro al judío o al monasterio acreedor, sólo tenía que devolverles cincuenta, con lo que prácticamente había reducido sus deudas a la mitad. A Alfonso el Sabio le costó el trono una devaluación que hubo de hacer para mantener sus pretensiones al trono imperial de Alemania.

El mecanismo monetario moderno se complica con la aparición de la moneda fiduciaria. Un billete de Banco, no es una moneda real, como la de oro o plata ; sino un certificado de moneda o de valor. En buena y sana técnica bancaria, un billete no puede ponerse en circulación sin que el Banco emisor haya recibido en contrapartida un valor real equivalente, sea en oro, sea en efectos comerciales o servicios públicos. Cuando no se hace así, el billete es moneda fiduciaria falsa ; tan falsa como la pieza de oro que fuese de cobre, o la de plata que fuese de plomo.

Mientras, a lo largo del siglo XIX, se mantuvo la buena y leal práctica de cambiar cada peso napoleónico por un gramo de oro y cada libra esterlina por cinco gramos, no emitiendo billetes sin contrapartida de valor equivalente, la moneda permaneció estabilizada, con el consiguiente equilibrio de la economía internacional. Pero vinieron las dos guerras mundiales, y la preparación de la tercera, con el siniestro cortejo de dictaduras y revoluciones, y los Estados, siguiendo el ejemplo de la antigua Roma, se habituaron ahora a emitir moneda fiduciaria falsa. El billete de Banco se ha transformado en la práctica en una especie de recibo de la contribución, de circulación obligatoria, que el contribuyente anónimo paga inocentemente sin protestar, porque sigue otorgando fiducia, es decir, fe y confianza al billete que ha dejado de serlo. Naturalmente en proporción y a medida que concurren al mercado más billetes de los que una circulación regular permitiría, se produce con el exceso de oferta

table cuando los gastos públicos han sido durante cierto tiempo superiores a las capacidades de la Hacienda. La inflación

introduce la confusión e inestabilidad en el proceso económico, favorece el despojo del ahorro individual y disminuye el poder adquisitivo de rentas y salarios. A cambio de ello aligera la carga de los intereses de la deuda pública y del capital de obligación. La España franquista, con su política suntuaria y descabellada de Imperio Azul y Vertical, pongo por ejemplo, ha casi cuadruplicado la deuda del Estado ; pero como la peseta vale hoy diez veces menos de lo que valía cuando el general Franco se decidió a liberar a España de la libertad, resulta que prácticamente la deuda pública ha disminuído en relación con la renta nacional y con el presupuesto del Estado. Ello a costa de los desventurados rentistas, que sin comerlo ni beberlo, se encontraron despojados de sus bienes y reducidos a un nivel de vida muy inferior al que disfrutaban en los tiempos de la aborrecida República.

Mas como la inestabilidad es un estado patológico que de hacerse crónico provocaría la parálisis y la muerte del organismo económico nacional, precisa un día llamar al cirujano de hierro, al ministro de Hacienda, que resuelva siempre la crisis cortando por lo sano ; es decir, reduciendo el contenido del valor real de la moneda, sea en oro puro, si se trata de una divisa autónoma, sea en dólares o libras o rublos, si de una moneda subordinada o satélite de otra más poderosa.

En síntesis, nada nuevo ni original : lo mismo que hace dos mil años hicieron los romanos forzados por las guerras púnicas, las civiles y las revoluciones sociales. Nunca pudo aplicarse más adecuadamente la sentencia salomónica de que « no hay nada nuevo debajo del sol ».

LOS CARDOS Y EL DESIERTO

■ Viene de la página anterior ■
do. Por eso y por la evidencia manifiesta del acto que no niego, proclamarme que no soy culpable, resultaría una incongruencia si no una pretensión de eludir mi responsabilidad dentro de la sociedad. Ni lo uno ni lo otro pretendo en este caso. Además, tengo prisa de que el veredicto termine conmigo. Suicidarme, no. Mi acto no fué guiado por una pasión desequilibrada ni, en su consecuencia, por un impulso desesperado. Fué meditado y ejecutado con toda lucidez. La idea del suicidio podría venirme a causa de la depresión que me produjera ese mundo detestable. Para ello ya no es el momento en el caso de que el dominio de mí mismo me faltara. Mi caso, aunque sea una consecuencia, no lo es en toda su amplitud. Es algo que me concierne a mí mismo. He matado lleno de amor, de dolor y de ternura. Y matando al ser tan querido, a quien amaba por lo menos tanto como pudieran amar los jueces que me condenaron a los suyos, moría yo mismo definitivamente.

Me pregunto aún : ¿ por qué escribo ? Y sigo con el deseo de hacerlo. Quiero acaso contarme mi propia existencia, recorrer mentalmente el camino. Esa es la respuesta que ahora se concreta en mi cerebro. Lo haré. Rememoraré mi conducta, mis emociones, mis anhelos, mis amarguras y mis cortas alegrías hondamente intensas éstas, febrilmente vividas, como si el misterio de la intimidad humana presintiendo la corta vida del demente quisiera cobrarse en densidad lo que en extensión no iba a ser posible. Volvire mentalmente a reconstruir la tragedia de ese pedazo de vida en la que fui actor y espectador a un mismo tiempo, no por insignificante menos sentida. Rememoraré, sí, ese proceso de mi existencia, que es el camino andado por un mendigo del amor humano, aleteo inocente de un ave solitaria enamorada de la luz buscandó el sol entre las nubes.

Solitaria a la fuerza, que es la peor de las soledades, quebrándose su alma en las aristas de los torvos intereses y en los egoísmos obtusos, sangrando mil veces de desconsuelo, de decepción, al buscar y no hallar, al llamar sin ser respondido, o si lo fué, recibir una respuesta odiosa, que es peor. Trazaré en este pasar de mi insignificante existencia, lo que de ella recuerde, lo que más quedó grabado en el registro de la memoria, en este largo aprendizaje del vivir, que no fué terminado, pero del que sobresale, según lo sentí siempre, la necesidad total de ser cada vez mejor, la exigencia de una conciencia jamás satisfecha de perfección, viviendo sinceramente su propia existencia, sintiendo intensamente su propio sentir, a pesar de pasar penosamente por este desierto lleno de cardos, de bandoleros legales y gratificados de honras y de falsos monederos del afecto. Fiel a mi divisa, aun pareciendo ridículo en un mundo ridículo, mientras que los más se desvivían ansiosos por la conquista del dinero, sedientos, insatisfechos eternamente al pretender colmar sus instintos hipertrofiados cuando no atrofiados, siempre me sostuve en lo que me dije e hice : se es rico, no por lo que se tiene, sino por lo que se da. Darle, ésa fué mi ansia. No poder en razón de una reacción de repulsa, ésa mi tragedia. ¡ Ah ! ¿ por qué no ? Rememoraré también esos momentos fugaces de felicidad que pasaron como luminosos relámpagos entre los nubarrones de mi tormenta, dejándome un hondo rastro en el corazón.

Todo eso que ha pasado hasta culminar en el dolor de los dolores, en la suprema tortura cuando ya tantas torturas anteriores hacían suponer que no se podía ir más lejos. Pero siempre se va más lejos. Hasta en el dolor, hasta en las torturas del alma, hasta en la desolación, hasta en la desesperanza.

FABIAN MORO.

EL VIENTO Y EL DIABLO



— ¿ Va de cuento ? — dijimos a nuestro amigo.

— Va de cuento — contestó éste, casi sin poder articular la frase, ya que precipitadamente, un poco glotón que era, había mordido una de aquellas golosinas por su tostado borde, sin aguardar a que se enfriase.

Después de dos o tres minutos de balancear en la boca el traidor pedazo de pastel, soplando al mismo tiempo, dió comienzo a su plática :

« Una vez, hace muchos, pero muchísimos años, por los tiempos de Maricastaña, se encontraron en la huerta de Valencia el Viento y el Diablo. Aquél no había reparado en éste, porque tenía prisa de llegar a la capital. No era de extrañar tampoco que no se fijase en el Diablo por la costumbre que tiene éste de esconder su apéndice dorsal y de disimularse siempre que puede detrás de algo para coger de sorpresa a quien quiere perder. Fué, pues, el Diablo quien se manifestó diciéndole al Viento sin rodeos :

— ¿ Dónde vas tan aprisa, compadre ?

— ¿ Quién me llama ?

— Yo, hombre, ¿ no me ves ?

— Te huelo, más bien. Tu perfume no cambia ni puede equivocarme. Escucha, compadre Diablo : ¿ Qué manías tienes de pulverizarte con esencias de pez y de sulfuro de amoníaco ?

— Allá abajo... en mi pueblo, no venden otra cosa en las perfumerías. Aparte de que por estos olores me doy a conocer mejor y más rápidamente, como has podido comprobar. Y si este olor te molesta tanto, no es mía la culpa : so- plas a veces tan fuerte, como hace unos instantes, que uno de los remolinos que has levantado bastó para que se te metiese en las narices toda mi « personalidad trascendente ».

— Bueno, bueno, déjate de filosofías y dime qué me quieres.

— Primero, saludarte... Y luego preguntarte dónde vas, si puede saberse.

— No es ningún secreto, amigo Diablo : Voy a Valencia para secar las calles mojadas por un extraordinario aguacero que ha caído en forma de temporal durante más de una semana.

« Entonces, el señor Diablo — que no se parecía a tantas imágenes medievales de demonios cornudos, rabudos, ojos de fuego, orejas de asno, barbas de chivo y tridente por cetro, sino que exhibía una figura más pronto labriega que señorial pero con un semblante lampiño, apacible y bonachón — pidió permiso al apresurado Viento para acompañarle, a lo cual éste accedió con mucho gusto.

— Muchas gracias, compañero Viento. Ya me iba aburriendo por esta verde y prolífica huerta donde la gente no tiene necesidad de pecar para ser feliz porque vive en la abundancia : recoge tres cosechas al año ; vende pronto y bien la seda de sus gusanos ; come paella con pollo todos los días que le pasa por la cabeza ; mata su cerdo o sus cerdos cada doce meses... ; Vaya con estos labradores !... Hasta cuando cometen algún pecadillo, lo hacen con tanta gracia y salero que hasta el mayor de mis enemigos, Miguel, no puede menos de sonreírse... Escucha, simpático Viento, mi tragedia : en todo un mes que estoy aquí en la tierra y en esta privilegiada región, sólo he hecho la conquista de tres almas, y aún éstas de mujeres. Conquista fácil, como ves. ; Mira si es grande mi desgracia ! Mi patrón Astarot me dirá : « ; Bah, tres mujeres ! ; Para eso te he comisionado, para traerme únicamente tres mu-



« ES bien : érase que era... un día en que varios amigos volviendo de paseo, íbamos por la calle del Miguelete de Valencia cuyo nombre lo toma de la torre de su Catedral, y al comentar el hecho de que siempre, aun en días de relativa calma, se deja sentir un regular viento por los alrededores de la basilica, a causa de la elevación del campanario y del edificio, alguien de nosotros dijo que podía ilustrarnos acerca de tal particularidad contándonos un cuento. Y como

quiera que el interfecto tenía fama de conversador ameno, uniendo a su gran cultura un ingenio y facundia extraordinarios, decidimos hacer un alto en la ya desaparecida Casa Colau, célebre pastelería reputada por sus pastelillos y empanadas de pescado, con objeto de tomar descanso y piscolibis mientras nuestro hombre desgranaba su verbo.

Dicho y hecho : Entramos, y al momento nos vimos delante de una bandeja llena del apetitoso condumio de masa dorada por el fuego del horno del que no ha mucho salió, rezumando, además, por alguna grieta de la pasta, el jugo de su relleno.

« jeres ?... Las mujeres, ellas solas, se condenan ; no necesitan que nadie las empuje ». Ya ves, amigo, a la vejez me encuentro desacreditado y con riesgo de perder mi plaza en las oficinas de Pedro Botero...

« Mientras tanto, el Viento apresuró el paso de tal modo, que el Diablo tuvo que decirle :

— Pero no corras tanto, que no tengo los pulmones tan fuertes como los tuyos. ¿ No ves que soy asmático ?

— ¿ Eso de tu credulidad ?... ¡ Ahí es nada, pobre Viento ! Soy viejo, sí, muy viejo ; pero cuando nací ya lo era. Mi ciencia no la tengo por ser Diablo, sino por viejo... ¿ lo sabes ? En mi vejez soy eternamente joven y me finjo achacosos y doliente para engañar mejor. Mi fuerza está en mi vejez y en el engaño. Si te he engañado a tí, Eolo, un dios al fin y al cabo, ¿ qué no haré con los orgullosos mortales que no son dioses y se creen divinos ?... ¡ Ja, ja, ja !... ¡ He engañado

por *Duig Espert*

— No te apures, mi pobre. Sube a caballo mío, que yo puedo contigo y con todos los infiernos juntos. ¡ Ajaja !... Acómódate bien.

— Gracias.

— Andando, pues, que andando se quita el frío, como dice el refrán. ; Quién sabe, Diablo amigo, si no tendrás más fortuna en la ciudad de las flores que no has tenido en tu huerta ! Ya verás, ya verás...

« El Diablo subió a lomos del Viento, pero recomendándole hasta la saciedad que no marchase en huracán sino a trote castellano, a lo sumo, porque, le dijo, que de cuando en cuando le acometían también vértigos, a causa de su extrema vejez.

« Anda que andarás y no llegarás... salvaban poco a poco la distancia que les separaba de la ciudad del Cid, por sendas y caminos hondos, bordeando naranjales y campos jugosos de mil cosechas.

« Dejaron atrás barracas y más barracas, que obligaban al Diablo a volver el rostro para no ver las cruces que las coronaban ; pasaron por arriba de alquerías y más alquerías alrededor de las cuales pululaban centenares de aves de corral, y cerdos fuera de sus pocilgas hociqueando acá y acullá, y animales de labor y de tiro que salían de las cuadras o llegaban a ellas... Y toda una población humana que cantaba bajo el espléndido sol meridional, a pesar de ser hora muy mañanera, mientras hincaba en la esponjosa tierra el azadón o el arado, o lanzaba al aire, delante de sus barracas, accionando la inmensa criba, el trigo o las judías para separar el fruto de la paja, vainas y polvo.

« El Viento y el Diablo lo observaban todo y charlaban mientras tanto. Aquél se permitía gustarle bromas al rabudo acerca de su asma y vértigos. ; Cómo la gozaba el Viento haciendo mofa de las flaquezas del compañero que llevaba a la grupa ! Durante algún tiempo el Diablo no hizo ningún comentario, pero de repente, estalló en una sonora carcajada :

— ¡ Ja, ja, ja !

— ¿ Te ríes, acaso, de tus desventuras, viejo ?

— No. Me río de tí... de tu credulidad supina. ; Ja, ja, ja ! Déjame reír.

— Ríete todo lo que quieras. Te prometo que no descubriré a nadie ni tu vejez ni tus dolencias. ; Apañado estabas, pues, en tu misión de conquistador ! Pero es preciso que me expliques eso de mi credulidad...

a un dios !... ¡ Ja, ja, ja !... ¡ Arre, burro, arre !... Entramos pronto en Valencia, cuya conquista ya no me ofrece ninguna duda.

— ¡ Caramba con el Diablo !... Confieso que realmente me la jugaste. Olvidé por un momento que del Diablo no se pueden esperar sino... diabluras.

« Entre bromas y dichos iban acercándose a la capital, hasta que llegaron a ella por el puente de Serranos, atravesando las torres, ya abiertas desde hacía bastante tiempo.

« Valencia hervía de gente mañanera : labriegos que llegaban con sus carros repletos de verduras y hortalizas para vender en el mercado ; pacíficos ciudadanos que se dirigían a sus quehaceres. Era el mes de julio y las nueve de la mañana de un día ya lleno de calor. Las gentes buscaban la sombra de las calles estrechas de la ciudad antigua.

« Por la calle de Serranos, desembocando en la de Caballeros, el Viento y el Diablo llegaron hasta la plaza de la Virgen, deteniéndose frente a la puerta de los Apóstoles de la Catedral...

En este preciso momento de la narración, la bandeja de pastelitos de pescado había quedado vacía y las dos botellas de vino de Liria que nos habían servido para poder echarlos garganta abajo, estaban secas, las pobres, pidiendo a gritos su relleno.

— ¡ De la sangre de Cristo, Colau, para que rabie el Diablo del cuento !

— ¡ Y que sea también del llano de Liria, Colau !

— ¡ Más pasteles !

— ¡ No, ahora empanadas... y de las de a real !

Todos queríamos hablar a una, aprovechando la pausa en el relato, es decir, la llegada de los personajes del cuento cerca del sitio donde nos encontrábamos, ya que desde allí hasta la puerta de los Apóstoles, frente a la cual se detuvieron el Viento y el Diablo, no distaba un tiro de piedra lanzada a buen brazo.

El inefable y popular Colau, reemplazó las dos botellas vacías del liriano por otras dos llenas, y su mujer puso en el centro de la mesa de mármol otra bandeja colmada de redondas empanadas, como birretes doctorales en miniatura.

Nuestro cuentista tuvo tiempo de reponer fuerzas y nosotros, público bondadoso y condescendiente, no le dimos tampoco grandes prisas para que continuase el relato, en gracia del rico zumo de Noé y

de las perfumadas empanadas rellenas de merluza y atún en salmuera y en adobo de tomate, tiras de pimiento y piñones.

¿ Cuántos pastelitos y empanadas pasaron a mejor vida aquella tarde ? ¿ Cuántos vasos de vino rociaron el democrático ágape ? ; Misterio !... Sólo Dios lo sabe !... y Colau que se hizo pagar en buenas pesetas de plata de aquel entonces.

Casi nos habíamos olvidado ya del cuento, de sus personajes y hasta del cuentista, cuando el patrón de la pastelería, que no había perdido sílaba de la historia ventolero-diabólica, nos sacó a todos del beatífico nirvana de la pantagruélica merienda, recordando :

— ¡ Que ya hace mucho rato que el Viento y el Diablo se encuentran parados frente a la Catedral !... O los mata usted o los agita un poco para que sepamos en qué para la cosa.

Estas palabras fueron un acicate para nuestra curiosidad.

Cada uno de nosotros echó la suya y el simpático y buen narrador continuó diciendo :

« No me había olvidado del cuento, no ; pero tienen ustedes mucha razón de enterarse lo más pronto posible del final. No se ha perdido nada tampoco en la espera, ya que el Viento y el Diablo, sobre todo éste que era la primera vez que veía el edificio, se quedaron contemplando tan histórica puerta, donde todos los jueves del año se reúne, desde el siglo XIII el Tribunal de las Aguas.

— ¿ Qué es esta casa tan grande con una chimenea tan alta ? — preguntó el Diablo al Viento.

— ¡ Pero qué ignorante eres ! ; es una iglesia, la mayor de Valencia, la Catedral ! ; Y eso no es chimenea, aturrido, es el campanario !

— ¡ Ah ! Sí que soy ignorante y aturrido. Tienes razón, compañero. Debí presumirlo por cierto adorno que no me es lícito pronunciar. Te propongo una cosa ; vamos a visitar ese edificio. ¿ Qué dices ?

— Mira, Diablo, yo lo conozco de sobra : entro y salgo libremente por sus amplias puertas y cuando están cerradas nadie me impide colarme por sus rendijas o por las ventanas del Miguelete... Anda tú solo, que yo te esperaré dando vueltas alrededor.

Nuestro cuentista calló de repente, y como su silencio llevaba trazas de prolongarse demasiado y temíamos, además, que no fuese una calculada farsa el tal cuento, como nos tenía muy acostumbrado nuestro amigo, se le hizo ver que no era serio el habernos tenido pendientes de sus labios para un resultado final tan pobre y sin gracia.

El aguardó a que nos dispusiésemos a salir de la pastelería, entre comentarios que no le hacían ningún favor, para terminar así su famoso cuento :

« ¿ No habéis observado que aun cuando en el resto de la capital no haga viento, siempre sopla sin interrupción alrededor de la Catedral ?

— A eso estamos... ¿ por qué ? Por ello empezó usted su historia — dijimos a coro, un poco amoscados.

« Pues... la cosa es bien sencilla : porque el Diablo no ha salido todavía del edificio y el Viento, espera que te espera, no deja de dar vueltas a la Basilica Metropolitana.

Todos puntuamos con una carcajada tan inopinado desenlace.

Pero he aquí lo más gracioso del caso : el cuentista, era el canónigo-archivero de la Catedral !

Garantizamos la autenticidad del relato.



CARTELES

de RODOLFO GONZALEZ PACHECO



PRIMERO : LA LIBERTAD. — La

pregunta no es alcanzar al sentido o el dominio de los complejos sociales. Ni estar al día en política o en arte, o en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. Se puede ser elemental como un niño, o simple como un salvaje y, sin embargo, querer lo que es, en definitiva, primero siempre : la libertad. Ser libre. El libertario no hace caudal ni tabú del genio ni del estúpido. Ni vota a aquél ni vota a éste. Sabe que el más desvaldido de luces o de coraje, lleva también en su sangre, grano germinador, un dorado ensueño : ser libre. La Libertad.

La libertad... Ser libre... No sé que de eterno y grato pasa por el corazón del hombre cuando un esclavo se vergue a decirle a su tirano : ¡ Vamos a ver : la libertad aquí ! Se acabó ya tu siervo : ¡ ahora soy libre !

Cada vez que esto acontece, algo se agita y aflora en la humanidad. Escéptica, vieja, exhausta, siente que en alguna parte se renacen los botones de su vigor juvenil. Y es porque la libertad es una fuerza con alas : nos remece y nos remonta desde todos los abismos.

Y es bueno que deba ser conquistada, igual por el individuo que por los pueblos. Ella, como la vida, nos dice : ¡ Tómame ! No me doy más que a los bravos, que me quieren y se atreven.

Los débiles se acomodan y se apesecbran. Y así vegetan : a poco amor, a poca dignidad, a poco nido. Sobre éstos no se rehará ni el fervor ni el carácter de la especie. Son las aguas pantanosas, sin fluir de sí, que el hombre libre debe remover con varas ; valerosamente.

A no ser cursis. A no hacer una cuestión de estar al día en política o en arte, en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. La primera es tumbar esto : la tiranía y el tirano, y cuanto impide ser libre. Primero : la libertad.

VAMOS, MUCHACHOS ! — Era una torre nueva entre un viejo caserío : fino, alto, fuerte ; la realización de un sueño que ha tenido a su servicio a los más nobles obreros. Para que te alzaras tú, ha andado la humanidad miles de años de rodillas. Por tí murieron los héroes, agonizaron los sabios, deliraron los artistas. Y la esclavitud y el látigo, han padecido por tí todos los trabajadores.

Sobre esta marea montante de sangre y lágrimas, de audacias y humillaciones, te alzas y te sostenemos. Por arriba de nosotros : como un puño o una luz... Y tú ni peleas ni alumbra. ¿ Qué haces, muchacho ?

¡ Vamos ! Echa a vuelo el corazón en la torre que te hicimos. Nuestro bronce eres. Llama a rebato... o a misa. Pero, ¡ llama !

Me estás pareciendo un hacha en una vidriera. Llevas en tí, martillados, el mineral y el relámpago, y no osas ni hacer los vidrios de los convencionalismos que te encarcelan. ¡ Vamos, muchacho ! ¿ Qué fatiga descansas, qué salario disfrutas, qué amor o qué pena cantas o

lloras, tú, el inédito o intacto ?... ¿ Dónde están tu hierro roto, tu cicatriz o tu triunfo ?... ¡ Vamos !

No tienes nada en la tierra, aunque poseas hacienda, siervos, libros y palacios : pues no lo creaste, no es tuyo. En cambio, lo tendrás todo, aunque seas un vagabundo, con hogar bajo los puentes, si lo quieres y te atreves. Tendrás lo que yo — ¡ ay ! — no alcanzo ; aquello para lo que te ha alzado la humanidad : ¡ para que lo alcances tú !

No esperes a ser más fuerte, o a saber más. Tampoco ello podrá ser mientras no te entretienes y no yerres. (Todos somos un error que quiere rectificarse, o una debilidad que aspira a fortalecerse). ¡ Vamos, muchacho !

Torre nueva entre el viejo caserío : ¿ te habrán levantado en vano ?... ¿ Para que fueras sólo esto : apenas un esqueleto fino, alto, bello, habrá avanzado hasta aquí, desde la caverna, el hombre ?... ¿ Para esto sólo ha soñado, amado y edificado ; cantado y llorado tanto ?... ¿ Todo el dolor de su vida, la sangre que la salpicó, el fervor que la ilumina, su muerte y su renacer, no traían en su cimera más que a tí tal cual te veo : impenible, mudo, estéril ?

Niego, protesto, te grito : ¡ Vamos, muchacho ! ¡ Vamos !

¡ ANDA, ANDA ! — Estos burgueses han hecho una realidad de aquella leyenda de asnaverus. El judío errante es el pobre. Y los caminos del mundo son para que ande ; ninguno para que llegue.

¿ Lo dudas, viejo que ya no puedes andar ?... ¡ Arate ante sus portales, o a la sombra de sus parques, o en las gradas de sus templos. Veías cómo te sacan de aquí sus guardianes o sus curas. Airados o conmovidos — ¡ Anda, perro ! ¡ Anda, hermano ! —, la cuestión siempre será que te arranques y anees.

¡ Anda !

¡ Tu, trabajador de la ciudad o del campo, cansado de andar buscando trabajo ; para que aquí no tienes, ¿ para que ande ?... ¡ Anda, más que nunca, ahora ; por tu pan, o el de tus padres, o el de tus crios, o el de tu hemora : ¡ Anda ; ¡ Anda !

Joven rebelde, artista nuevo, audaz filólogo : ¿ tu pretendes vivir libre ?... Tu, ¿ crear algo más que belleza ; justicia veía ?... Y tú, ¿ levantar la frente por arriba de los intereses creados ?... ¡ A, que tres locos ! Eso sería hacer lo nuestro. ¿ Lo nuestro aquí, donde todo, desde el papel y la piedra hasta el espacio y la luz, es de ellos, de los burgueses ?... ¡ Anden ! ; Anden, antes de que llegue el andén o el esbirro ! ; Anden !

Los hombres, ¡ digo... Los niños de todos éstos, ¿ para qué crecen si no es para el taller, el ejército, o el surco ?... Anda, pequeño, y tú, pagueña, síguelo. Vuela desde la teta al trabajo. ¡ Anda ! ; Anda ! ; Andarán todas sus vidas. Serán sirvientas u obreros, gañanes o prostitutas ; lo que puedan. Pero andarán, andarán. Y cuando, rotos o viejos, no sepan rendirle más, más placeres, más riquezas, todavía serán mendigos. Y será andar a pedir. Y será andar a llorar...

Que el judío errante es el pobre. Y los caminos del mundo son para que ande. ¡ Anda ! ; Anda ! ; Anda !

VAMOS AL SOL. — Somos de los que viven para adelante. De cada día que concluimos, nos queda apenas la fiebre, el eco, la resonancia en la nuca. Nuestra entrada en las mañanas es una entrada inocente, como de recién nacidos.

Cubrimos nuestra labor igual que los sembradores cubren sus surcos sembrados : al caer la noche. Ahí se quedan, para crecer o apagarse, nuestros granitos de luz. Ni nos preocupan, tampoco. Mañana será otro día.

Golpes de tierra en la cara, cortaduras en las manos, vientos y lluvias del cielo, son molestias que terminan donde nuestro paso corta la oscuridad. Recostamos la cabeza en el último terrón que dimos vuelta. Por eso, tal vez, nos duele al amanecer como un resabio de fiebre, un eco, una resonancia sobre la nuca.

¿ Los recuerdos, los rencores ?... ¡ Oh !, todavía no somos viejos para eso. Tenemos una fe intensa en la vida. Tiene bocas de mujeres, tiene ideas como estréllas, tiene metáforas rubias, como pezoes o espigas.

Vamos al sol. Y estamos esta mañana sobre la última palada que revolvimos



ODOLFO GONZALEZ PACHECO simboliza, posiblemente, la cuerda más vibrante de la lira argentina. Literato de enjundia, bohemio de la libertad, supo captar los alicios líricos y libertarios de la inmensa y solitaria Pampa. Cantor del gaucho — exterminado por Rosas, por todos los Rosas — tuvo la inmensa felicidad de poder cantar al gaucho moderno apodado linghera. El lo ha visto, el mismo lo ha sido. El gaucho 1800 se disparaba plana adentro con su bayo, su china y su recado. El linghera, menos libre, pero más consciente de la libertad, andaba centenares de kilómetros a pie y con una sola impedimenta : la alforja cargada de papeles rebosando sabidurías, agujereándole incluso el saco por el camino para escape de tan punzantes como oplatantes argumentaciones. El linghera se trasladaba de uno a otro pago para blanquear unas paredes y efectuar su siembra de rebeldías. El linghera de González Pacheco es también típico y más interesante que los cuatreros que recorren al trote las páginas de « Martín Fierro ».

anoche. Sobre la punta del surco. Alegres. Recién nacidos.

JUVENTUD. — Cuando uno empieza a puntear hacia la vejez, es cuando mejor comprende a la juventud. Y una vez viejos del todo, comprendernos mejor todavía a los niños. Como ya no seremos ni ave, ni flor, ni fruto, miraremos desde abajo el árbol y lo abarcaremos en toda su maravilla.

La vida es siempre nueva. Si nos enviejese es solo para prepararnos el otro cuadro, el de la juventud ajena. Baja el telón de la nuestra, nos deja un rato a oscuras, solos con nosotros mismos, en una sala fría ; pero a poco lo levanta y el espectáculo sigue, la primavera vuelve.

Si, claro, es triste sentirse viejo. ¡ Viejo ! Al principio, nos resistimos bárbaramente. Cascamos cantos, pegamos barquitos que queremos hacer pasar por pasos de baile ; tendemos, en nuestros dedos fríos, besos de nieve a fantasmas de hielo. Hacemos el ridículo y no engañamos a nadie...

Es un cuarto de hora amargo. Quedamos solos. Solos, si, puesto que nuestro mundo interior, el primer acto de nuestra vida, se ha ido, ha muerto. Gala de la carne, calor de la voz, llamarada del deseo : finix... Una que otra inocentada y tal cual ridículo, cuyo recuerdo nos espesa aún más la sombra que nos envuelve.

Es para llorar o para morir. Pero hasta la voluntad, el coraje de matarnos, se fue también con la juventud. Y en cuanto a lágrimas... sólo lloran los que saben cantar.

Y en esto estamos, como con un trago de hiel en la garganta ; los ojos cerrados, los brazos caídos, la cara hecha un puño de arrugas... Pero, de pronto... ; qué sol, qué viento, qué música nos arrebató, nos estrechó, nos ilumina !... La juventud de los otros, la primavera de los niños... ¡ Cosa inegable ! Miramos en cada fruto un fruto en sazón, en cada moza una flor abierta, en cada nene un pétalo de la vida. Y quisiéramos ser tierra, blanco y poroso terrón, para que ellos se nutran de nuestra savia.

La vida es bella porque no se reprisa y sigue siempre. Y, a propósito, ¿ no es esta convicción nueva un terroncito también fecundo ?... ¡ Es ! Y en él debemos plantar los viejos el carrozo de una segunda juventud nuestra.

MONTAÑAS. — Miles de gauchos, trabajadores y empleados de Santa Cruz se han alzado, ganando la cordillera. Han ascendido dos veces : contra el llano y contra el orden. ¡ Felices hombres !

Ahora sobre sus crines revolotean las águilas y a sus espaldas braman encadenados volcanes. De día, el sol acuchilla el hielo, lo desata en ríos sonoros, como a una virgen el deseo en cantos ; y ellos lo ven. De noche, los mastines del pampero suben, ladrando al silencio como a una fiera encaramada en un árbol ; y ellos los oyen. Sus horas son grandes, altas ; tienen que empuñarse mucho para distinguir apenas la esclavitud que serpea al fondo de nuestros valles.

Querían ser libres. ¡ Y dónde colgar las ansias, lanzando al aire los sueños o hundiéndolos sin temor de que se manchen ? Allí, donde el surco es blanco y la cumbre azul ; donde escarban, como

toros de fierro campos de piedra, los volcanes. En el desierto alto.

Y hacia allá fueron, gauchos, obreros y empleados ; a acampar a cielo abierto, entre las peñas desnudas, junto mismo a las bocas que desatan ríos como himnos. Guardados por los pamperos que ladrán y se abalanzan sobre el silencio. ¡ Felices hombres !

Han ascendido dos veces : contra el llano y contra el orden. Para cuantos padecemos la baja y sucia esclavitud de esos valles, ellos son blancos y azules. ¡ Son montañas !

SOLDADITO. — ¿ Qué te crees ?... Pareces la muestra de un tintorero : rojo, amarillito, verde ; saltado de una caja de juguete : duro, mecánico, seco ; un bazuco de baile : cómico de belicoidad inoportuna. ¿ Y qué te crees, que no lloras ni protestas, que no te desnudas y huyes ?... ¿ Qué estás muy bien, soldadito ?... ¡ Vamos, hombre !

Enfocas todas las cosas a través del cañuto de tu máuser. ¿ Cómo vas a ver la vida que fluye de cada ser, que flota y desparramada en sus sonrisas, sus gestos y sus afanes ? Toda grandeza se achica ante tu punto de mira ; igual la altitud de un monte que tape el cielo que la extensión de una idea que llene el mundo. Tú no ves sino aquí que te ordenan que apuntes. ¡ Eres un ciego !

Tampoco oves. A tu alreodador vocea la libertad, clama la justicia, gime el dolor y cantan las esperanzas. ¿ Qué concierto mejor que éste puede llenar el corazón de un muchacho de más elevadas ansias, de más viriles designios ?... Y tú no sientes... ¡ Eres un sordo !

Si ni recuerdas... Ayer, no más, seguías tus impulsos como a una llama en el viento. Llama, sí, era la reja que hundías, relampagueando, en la tierra ; llama que volaba, rauda, empujando a un caballo ; llama que bajaba, mansa, a ceñir el cabo de una herramienta. Obrero, gaucho o gañán, entonces eras la vida ; la vida, de la que todo trabajo, todo afán y todo ensueño son como la claridad, el resplandor, el caprichoso arabesco de una hoguera. Y ahora, ¿ qué eres ?... ¡ Un ciego, un sordo, un muerto !

Soldadito : ¿ sabes qué eres ?... Pues el vaso de noche de la patria. En tí descomulo que a nosotros nos traga, vacía en tí lo que a nosotros nos chupa... ¿ Qué otra cosa crees ser, que no protestas, ni lloras, que no te desnudas y huyes ?... ¡ Vamos, hombre !

LA COMPASERA. — De la vida humilde extraigo el símil que corresponde a la mujer del artista y del revolucionario. Con sus hombres metidos en la pelea, al pie de la obra o sobre la barricada, ellas no aspiran tampoco a ningún homenaje verbal, de esos que hacen la gloria o la gala de las otras mujeres, de políticas o reyes. Esas son reinas o damas. Ellas son las compañeras.

¿ No reparásteis ?... A aquéllas se las ve siempre a lado de sus esposos ; a estas no se las ve nunca ; apenas sabéis que existen. Y, cuando mueren, resulta, como al morir la de Zola, que nadie puede decir cómo se llamaban. Nadie se acuerda...

Humildad se llaman todas. De la vida humilde, pues, saco la comparación que

González Pacheco fué gaucho en la bohemia revolucionaria, bolearo en pista ciudadana, payador de la musa libertaria que tan ampliamente se ha manifestado en él, en Maturana, en Florencio González, en Alberto Ghirardo. Su desierto del alma fué el pampero, con su viento alocado apolillando maleza en desgaje cual los emotivos cardos del Baragán de otro poeta, éste danubiano, y de nombre Panait Istrati. González Pacheco fué poeta militante, antorcha iluminando la marcha de la humanidad perdida entre tinieblas, crin de caballo encabezando multitudes alocadas, jugador de pérdida segura para un mayor gajo de porvenir...

La literatura pachequista es siempre galana, candente, poética, dicente. El tema más agrio lo endulza y el más débil lo vigoriza. La humanidad de Pacheco era como un crisol mejorando lo esencial humano, transformando en rubí lo que el caminante distraído apartaba de un zapatazo como entremetido guijarro.

La bondad, la idea, la lirica y el valor en González Pacheco andaban reunidos. Ejemplo, los cuantos — pocos — Carteles que acto seguido le reproducimos y cuya belleza nos inunda de emoción desde 1915 al decir Lorenzo con referencia a Loredó : « A la hora que tú te acuestas, bohemio... ».

les conviene. Y es ésta : toda obra es para nosotros como un vehículo, carreta o carro que, cada cual con su suyo, carga, ataja y echa camino adelante. Y así es que vamos, unas veces sobre la caja soñora, embriagados de horizontes, y otras al pie de las ruedas, trizando barro. Cantando sobre las lomas, blasfemando en los pantanos, marchan los artistas grandes, y nosotros, los que empujamos también las ideas poderosas.

Pero el carro o la carreta no es todo el encajador o remonte, como no es tampoco toda blasfemia o canción el carretero. Hay allí, bajo el piso del vehículo, coigada al eje, palpitando, una luz : una luz tan pequeña y tan suave que no alumbraba adelante ni atrás, ni parecería servirle para ver nada. Todos la portan, no obstante y en su dulzura se acogen de noche, todos. A su humilde parpadeo duermen o sueñan, o ingieren sus atalayas, o afilan sus herramientas. Esa luzcita es ella : la compañera.

Con el día se apaga. Ante los ojos del hombre vuelven a brillar las llamas del deber o del destino ; se encienden o despliegan como espadas o banderas. Ella cierra sus párpados. Y al moverse de nuevo la carreta o el carro, lo acompaña de abajo, lo sigue, vacilando, como una cigueta al arado o al padre, y actúa como Lámpara de carretonero cantor o blasfemo ; mujer de artista o de revolucionario susstraída a cuanto es para otros su gala o su gloria ; hermana nuestra querida, de quien, ni cuando te mueras, sabrán tu nombre : no eres, no, dama ni reina, sino algo más tierno y puro. Eres nuestra compañera. ¡ La compañera !

EL LINGHERA. — Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romancesco y beicoso. El mismo hombre, libertario por esencia, de pie al margen de las vías, como el otro al pie de las sanciones burguesas.

Trac al desierto lo que su igual ciudadano trae al trabajo y al arte : nervio, audacia, libertad. Un nuevo valor activo que escandaliza al terrateniente y despierta entre los pobres dormidos notas fraternas, gestos flameantes y actos gentiles. Donde se mete un linghera es como si se metiera una herramienta filuda que cava, rompe y aflora sobre la costra que ciega el alma del paisanaje, las escondidas vertientes de poesía, de bravura, de cordialidad sencilla. Se vuelve el hombre que fué cuando era gaucho.

Y lo mismo que nosotros queremos a los bohemios, empiezan ahora a querer los trabajadores del campo a los lingheras. Ven en ellos la encarnación de sus sueños de vida libre. Los perseguidos, igual que en otros tiempos sus héroes, por las policías brutales, los reivindicadores de sus derechos pisoteados por los ricos. Todavía no saben todo, pero ya presenten mucho : que el linghera es un trovador rebelde ; algo así como el brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz : más completo.

Quien haya visto un linghera, ha visto, puede decir, a la mayoría. Porque eso es por esencia, como se es triste o alegre artista o santo. El equívoco no cabe, pues que sería equivocarse a sí mismo. Lingherar para concluir en poón, capataz o

lograda, la simpatía en tallos llenos. De donde resultará que, aun a medio crear esa isla de su ensueño individual, empezará a producirle flor de amigos.

No tendrá por qué temer depredeaciones ni abusos. « Nadie roba en su bolsillo ». El daño, presunto o real, que hoy podrían hacer los pobres si los dejaran entrar por un momento, no más, en las fincas de los ricos, cesará por completo si los dejaran entrar de una vez y para siempre. Porque no hay tamaño estúpido que destruya, mate o ciegue la fuente, el árbol o el surco que le dan pan, sombra y agua.

Los que habrán, quizás, sean éstos : los egoístas mediocres, que pretenden apropiarse lo que pertenece a todos. Se les dejará de lado, sin amigos ni compañía, a que vegeten y mueran como plantas sin sol ni aire. Y, quizás también, haya otros : productores que no quieran producir más que para sí y los suyos ; los hombres que habrán perdido su fe en el hombre. Y a éstos habrá que esperarlos hasta cuando se recobren en su íntegra humanidad.

Así será, y no de otro modo, el mundo del porvenir : un florecimiento de islas del esfuerzo individual. Dichoso de contemplarse cada uno en su obra, se orientará, desde el vamos, hacia la gran abundancia y hacia la gran libertad. Será así.

ANSELMO LORENZO. — El estaba recostado en la Humanidad.

A la hora que tú te acuestas, bohemio — solía decirle a Loredó, nocturno empedernido —, yo me tiro de la cana a mi mesa para no tirarme a la calle.

Y a mí, otra vez : — Si no fueran las ideas, la necesidad que tengo de poner mis pensamientos de pie para que marchen y vivan entre los trabajadores, ¡ qué bien me vendría morirme ya, descansar !

Y así era, así, ¡ pobre abuelo ! La muerte se le iba al lecho, noche a noche, a estrangularlo. Mas su espíritu libertario montaba guardia perpetua, envuelto en su vieja carne, como un acero muy fino en una funda mordida de herrumbre y años.

Y hacía mucho, mucho tiempo que libraba estos combates. Del pecho le subía una ola de sombra, disolvedora de la vida, anegadora y copiosa. Era un brochazo de muerte, una palada de tierra que amagaba sotocarlo como una llama. Y siempre todas las noches igual, señor. — A la hora que tú te acuestas, bohemio —. A esa hora se tiraba él de su cama, a su mesa de trabajo, como a una arena. Hacía pie entre sus papeles, con su empaque veterano, tembloroso todavía, como bajo el resplandor de los fogonazos. Y del fondo de esas noches tan tristes, tan moribundas, surgían a la claridad, a la esperanza, a la vida, esas páginas sencillas, amanezidas de ideal, de maestro artesano.

Compañero : ¿ no sientes la ausencia de una cabeza blanca en tu pecho ?... Descubrete. Abuelo ha muerto.



ANTONIO LOREDÓ. — Con mucho menos talento que este bohemio, hay en el mundo letrado intimidad de escritores que comen todos los días. Y que no se mueren nunca. Y cuando, al fin, ocurre esto es siempre de indignación o de higiene. Más que morir se revientan.

Porque morir, lo que se llama morir, es de a poco ; entregándose a la vida cacho a cacho. Donde la sombra es mas densa y más cruda la injusticia, allí dejan, los que quieren hacerlos bien a los nombres, pedazos de carne y alma. Y así caen un día vencidos, cuando ya no tienen más que el nombre sobre los huesos.

Y de éstos se mueren muchos todos los días. En cambio, de aquellos otros revienta, de rato en rato, uno. Y van todavía a la tierra a seguir dando trabajo, con la osamenta sin desbaratar, en bruto.

Antonio Loredó ha muerto cuando ya no tenía más que entregarnos. Ocupado en darle todo, se olvidaba de comer y de bañarse. Tal lo vi la última vez entre los trabajadores de Barcelona : flaco, raído, descaído ; con las grenas como ramas arrastradas por el barro. Como salido de una mina o de una selva.

Y qué quieren ! Para mí estaba muy bien. El venía de la mina del Dolor, de la selva de la Historia ; era justo que llegara vibrando harapos entre una tuafarda de sudor y tizne. Era la eterna miseria golpeando en la cara al eterno crimén.

Y ha muerto de trabajar el bohemio. Sus conferencias en el Ateneo Sindicalista, de dos, tres horas seguidas, le mellaban la vida. Le socavaban el pecho. Y el catre, duro y pelado, cuando no el suelo, debía hacerle postemas en las heridas. Y en éstas, claro, la muerte mordió como en un terrón de azúcar. Y lo ha disuelto.

Tenía talento y carácter. ¡ Oh, cuántos con mucho menos hay en el mundo letrado que comen todos los días ! ; Y hasta se bañan !

Por eso tengo hoy dos penas : por Loredó que se ha muerto y por tanto escroto zaino que sigue vivo. Vivo, y sin miras de reventar.



LA GESTACION Y EL ALUMBRAMIENTO LITERARIOS



O se debe escribir por dinero ni se puede escribir sin dinero. El dinero — esto es, los medios — en la producción literaria, como en la artística y en la científica, es un viático imprescindible para hacer camino, una condición fundamental, pero no puede ser un fin. No se escribe para ganar dinero, sino que se necesita dinero para escribir como moral manda ; para terminar en la medida de lo posible una obra de arte ; o para dedicarse con paciente asiduidad a la investigación científica. Todas éstas son actividades desinteresadas, despaciosas y, hasta cierto punto, pasivas ; un dejarse llevar hasta llegar. Todas ellas aspiran a un logro selecto y de alguna manera único, pero repugnan y rehuyen la agitación vehemente y la codiciosa inquietud en perseguir y apresar un botín convertible en ventaja económica.

por RAMON PEREZ DE AYALA

Se las pudiera comparar con la caza a la espera, horas y horas, días y días, hasta que tiene a bien presentarse a tiro la pieza deseada ; en contraste con la caza al por mayor, y un tanto infame, del ojo multitudinoso y clamoroso ; caza esta última que las Decretales vedan a los « clérigos » o, lo que es lo mismo, los letrados, que no lo son sólo los curas, y los escritores, sino también, por extensión, los artistas y los hombres de ciencia. Tiempo pide la flor para hacerse fruto, y el fruto para madurar. Más tiempo todavía exige la obra desinteresada del espíritu, hasta cuajar en forma definitiva. En este modo de trabajo, cuya finalidad reside en sí mismo, no rige el refrán de que el tiempo es oro ; antes bien, y por el contrario, el oro es tiempo.

Cuando se escribe por dinero y sin dinero, como quiera que aun en los casos más afortunados el rendimiento de la profesión de las letras es misérrimo e irrisorio, en cotejo con cualquier otro linaje de actividad lucrativa, resulta que el escritor, sintiéndose víctima de una enorme injusticia social, que atribuye a una injusta y monstruosa organización de la sociedad presente, no puede por menos de dejar que su pluma y su mente se muevan al impulso amargo de un resentimiento universal, deliberado o turbio ; y consiguientemente, la obra que produce nace ya envenenada y deforme, con una especie de desviación psíquica, que la vuelve subversiva y demoleadora de todo lo existente. Para sobreponerse a la persuasión íntima de esa injusticia social se necesita un alma muy noble y muy firme ; hondamente espiritual, en suma. La traición de los letrados, « la traición de los clerics », sobre la cual escribió el judío Benda, no consiste, como él sostiene, en que algunos escritores, por hallarse bien, o por deseo de hallarse mejor, cooperen con su obra al mantenimiento del orden establecido, sino contrariamente en que otros escritores, por congoja económica o vanidad insatisfecha y lastimada, se constituyan en propagandistas, definidores y capitanes de toda clase de tendencias que socavan o abisman el orden establecido, sean las que fueren y suceda lo que suceda. Debe el letrado, sin duda, asentir al orden existente, con perfecta honestidad, en aquello que tiene de valedero para hoy y para mañana, como debe, asimismo, apoyar el hombre y adelantarse con su esfuerzo hacia cuanto deja presumir un orden mejor. Pero ni el asentimiento debe obedecer al dinero que el escritor gana o puede ganar, ni la ofensiva, en favor del cambio y la reforma, al dinero que deja de ganar, y que acaso jamás podrá ganar. Dondequiera que haya un proletariado intelectual, es muy difícil que no haya también una manada de escritores resentidos y subversivos ; sin olvidar, claro está, que no siempre el escritor subversivo se halla movido exclusivamente por estímulos económicos. A veces, el móvil principal es la vanagloria, la ambición de renombre o el apetito de poder. Para muchos hombres, el hechizo del poder atropella con todo y se antepone a todo ; desde luego, al ansia adquisitiva de bienes materiales. Ello es que el proletariado intelectual como clase social, hace su aparición histórica al propio tiempo

que el proletariado obrero ; con la revolución industrial y la era del capitalismo. Este proletariado intelectual (en el cual, naturalmente, incluyo, además de los escritores, a los letrados « in genere » ; profesiones liberales o técnicas, de origen académico) se extendió y agravó después de la primera gran guerra europea, a la par que los síntomas de la crisis capitalista se agudizaban y patentizaban hasta para los más obtusos de percepción.

Con la era capitalista, el escritor cayó dentro de la órbita férrea de la ley de la oferta y la demanda. Tuvo que escribir por dinero, buscarse el mercado y producir copiosamente. Esto implica fatalmente la deteriorización cualitativa de la obra. El valor cualitativo de la obra literaria no puede medirse, en término de volumen y espacio, o sea por la difusión o extensión sobre el mercado, en cierto momento, al tiempo de ser producida, sino que ese valor se computa « a posteriori », en dimensiones temporales, según su perduración vital, a lo largo del tiempo. El escritor, al verse en el trance de tener que vivir del mercado cuantitativo,

va descubriendo por fuerza y poco a poco que no se le ofrece otro recurso que ir rebajando más y más el valor cualitativo de su obra, de suerte que alcance y se dilate a los círculos de mayor amplitud numérica, cuyo nivel espiritual e intelectual es gradualmente inferior, hasta llegar a lo ínfimo ; pues la finura de calidad está en razón inversa de la cantidad numérica. Los aptos para apreciar el valor cualitativo de una obra literaria son escasos de número en cada época. Pero en todas las épocas hay una minoría selecta, cuya apreciación consolida y perpetúa el renombre de la obra literaria de calidad ; la tradición inteligente. Esto es lo que acabo de llamar valor cualitativo en el tiempo ; el aprecio sucesivo de los inteligentes y entendidos. Y a lo otro y contrapuesto lo llamo valor cuantitativo o mercantil en el espacio ; no ya el aprecio, sino el precio de venta y cotización ocasional. Por otra parte, a medida que la educación general se eleva en calidad y se ensancha en dimensiones, aquel valor cualitativo en el tiempo llega acaso con el tiempo a convertirse en valor cuanti-

tativo. Yo llamaría épocas clásicas aquellas en que la educación literaria o artística se ha hecho general, frisando en el máximo de altura y el máximo de anchurosidad. En tales épocas, es lo natural que las obras de supremo valor cualitativo se afirmen de consuno como las de mayor diseminación cuantitativa, ya desde el instante en que salen a la luz.

Pero para imponer el valor cualitativo en el tiempo le es menester e inexcusable al escritor disponer de sobra de tiempo (o lo que es lo mismo, de ocio y de medios) con que llevar a cabo la obra, tal como la ha concebido. Lo que ha de durar mucho tiempo, requiere mucho tiempo de reposada gestación. Las raíces de un árbol no se manifiestan a los ojos ; pero cuanto más añoso y robusto el árbol, tanto más largas y profundas las soterradas raíces. Quienes no han pasado por la experiencia del escritor o del artista se figuran que la ejecución de la obra se reduce a deslizar la pluma por el papel o el pincel por el lienzo. Sin embargo, la obra se ha ido formando mediante una morosa gestación recóndita en que colaboran todas las oscuras fuerzas vitales y aptitudes creativas del escritor o del artista, de cuyo primer estado, desde las entrañas pasa repentina e inopinadamente la obra al ámbito de la mente, en un segundo estado, el de iluminación ; milagroso salto de la tiniebla a la claridad, por virtud del cual la obra, sin dejar de pertenecer todavía al mundo interior, se le presenta ya al escritor en la conciencia — quizá atónita — con todas las exigencias de un ser vivo y autónomo, completo en su conjunto y en sus partes, que el mundo exterior reclama a título de legítima pertenencia. De ahí en adelante, la ejecución material de la obra es, si se me permite la expresión, coser y cantar. Más aún, es un goce que no hay dinero que lo pague ; el goce de la creación. Como Jehová en el Génesis, el creador humano en el momento de consumar su creación humana, ve que está bien aunque no este del todo bien o acaso esté francamente mal. Porque el creador crea para sí, por la pura necesidad de crear, y se basta a sí mismo. A lo sumo, sueña vagamente con que, andando el tiempo, algún semejante suyo experimente frente a su creación un reflejo del goce que él experimentó al crearla. Por lo demás, una vez que haya botado su obra al flujo mundanal, piensa para sí : « Fortuna te dé Dios, hijo, que el valer poco te vale ».

ALBERT CAMUS



Pocos premios « Nobel » han sido tan justamente otorgados como éste dado al escritor francés Albert Camus. Camus, de nombre real na, nació en Mondovi, Argelia, hace cuarenta y tres años. Allí, en esa tierra que ahora lucha por el logro de una mayor justicia social, económica y política sin discriminación alguna, aprendió matices de lo humano que han escapado a muchos de sus grandes colegas en el campo de las letras y la filosofía. Ha sido novelista, dramaturgo, filósofo, periodista y, en cada una de estas expresiones se ha hecho patente el humanista. Un humanista propio de nuestro tiempo. Entre sus principales obras se cuentan sus ensayos titulados « El Mito de Sísifo » y « El Hombre Rebelde », sus novelas, « El Extranjero » y « La Peste » y sus obras teatrales « El Malentendido », « Calígula » y « Los Justos ».

Durante la resistencia francesa que combatió al invasor alemán, Camus escribió en *Le Combat* y ahora escribe en el periódico de Mendes-France *L'Express*, al lado de André Malraux y François Mauriac.

En todas y cada una de sus obras ha hecho patente el trágico espíritu del hombre de nuestro tiempo. Un hombre expuesto a las más grandes torturas y a las mayores responsabilidades

del espíritu. Un hombre, en lucha por una libertad que es, al mismo tiempo, la más fuerte de las cadenas, la de la responsabilidad que impone la calidad de hombre libre. Un hombre que ya no puede abandonar su responsabilidad a Dios ni a los dioses, como tampoco a iglesias o partidos. En muchos aspectos su filosofía se acerca a la de su antiguo compañero de resistencia, Jean-Paul Sartre, pero se distingue de ella por lo que éste ha considerado su « romanticismo », es, o es, su preocupación por el hombre y su libertad, sin limitación alguna, sin nada que justifique su realización. En este sentido se puede decir de Camus que es un anarquista, un hombre que no se somete a grupo, capilla, iglesia, partido o nación que limiten lo humano ; aunque esta limitación se justifique o quiera justificarse como un medio para un mejor logro de lo humano. Camus pertenece a ese grupo de escritores a los que los comunistas acusan de « agentes del imperialismo ». Un escritor al que preocupa, hondamente, el no servir de bandera, el no justificar, a totalitarismos, a extremismos de ninguna especie, lo mismo sean éstos de derecha o de izquierda. Camus protestó, en 1945, contra la violencia de que fue objeto un pequeño país hermano nuestro, Guatemala, por uno de los fuertes del mundo ; como protestó, también, contra la violencia hecha, en 1956, por otro de los fuertes del mundo, a otro país igualmente pequeño, Hungría. Es, sin más, un rebelde contra todo lo que limite la trágica grandeza del hombre. Del hombre que debe estar por encima de todos los intereses de Estado, por encima de todas las utopías que lo sacrifican y todas las ideologías que, de una manera o de otra, lo hagan su esclavo.

Camus, en cada una de sus obras, ha

protestado contra el mayor de los crímenes de nuestro tiempo : el asesinato frío, lógico, hasta inocente, que se realiza en nombre y por el bien de los mismos asesinados. Por una inversión propia de nuestro tiempo, dice Camus, « el crimen se adorna con los despojos de la inocencia, es a la inocencia a quien se intima a justificarse ». Es la época en que se esclaviza y se mata en nombre de la libertad, la democracia o la justicia social. Por ello « los campos de escavos bajo la bandera de la libertad, las matanzas justificadas por el amor del hombre o el gusto de la sobrehumanidad, dejan desamparado, en un sentido, el juicio ». Es contra esta situación que propone la rebelión. En un mundo de lo absurdo, en el que todos los valores pueden ser invertidos hasta el grado de hacernos creer que el crimen es bondad, no cabe sino el grito, la protesta, la rebelión, dice Camus. « Yo grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y tengo que creer por lo menos en mi protesta. La primera y la única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia absurda, es la rebelión ». Y es en esta rebelión donde se encuentra y solidariza con todos los hombres, víctimas, como él, de ideologías que han olvidado al hombre.

Es en esta rebelión, contra el absurdo, que Camus se ha encontrado semejante a otros hombres. Es por esta rebelión que se ha encontrado como hombre, entre hombres. Es también por este camino que él, un francés nacido en Argelia, se ha universalizado auténticamente al saberse solidario de los que aspiran al mundo por el que lucharon y luchan los rebeldes franceses ; solidario con españoles, guatemaltecos, húngaros, etc. ; solidario, sin más, con los nombres, con el hombre, por encima de las circunstancias que lo distinguen e individualizan. « En la rebelión — dice — el hombre se supera en sus semejantes, y, desde este punto de vista, la solidaridad humana es metafísica. »

LEOPOLDO CEA.



LAMENTOS DE ABEL DE LA CRUZ

I

LOS LEONES DEL VIENTO

(En emocionado recuerdo del insigne escritor Antonio de Hoyos y Vinent, que recitaba de memoria esta poesía en las peñas literarias de aquel añorable Madrid cuatro décadas lejano.)

Me voy haciendo viejo, y el corazón se seca...
; Oh, qué sed más horrible ! ; Y mi dulce Rebeca
no llega todavía !...

Rodarán otros años atropelladamente,
surcarán más arrugas el campo de mi frente :

; Ya declina mi día !...
; Oh, mi sed de gañán en las tardes de siega !...
; Y Rebeca no llega ! ; Mi Rebeca no llega !...

Con ansiedad de abismo, mi corazón,
sediento,
la espera. ¿ Llegará ?...

En mis desiertos rugen los leones del viento :

— ¡ Uh, uh, uah !... ; Uh, uh, uah !...
Y parece que dicen : — ¡ No vendrá !
; No vendrá ! !

(De mi Santa Isabel de Ceres)

II

¡ ESA LUZ ! ; ¡ ESA LUZ ! !

Se mofa de mi adversa juventud, que maldigo,
igual que fuego fatuo una luz inquietante ;
cuando de ella me alejo, se me pone delante,

y... ; se aleja, se aleja, cuando yo la persigo !...
; Esa luz ! ; ; Con qué saña se divierte conmigo !

Es un ascua de risa que despide, incesante,
ameres de chispas sobre mi vida errante
de rey que disfrazado se hubiese de mendigo.

Se muere de tristeza mi pobre corazón.
A veces me tortura la desesperación.
— ¡ Misericordia, hermanos !... ; Esa luz ! !
; Esa luz ! !...

Las duras y afiladas muecas de sus brillos
hieren mis flacas carnes lo mismo que cuchillos...
; Yo sufro casi tanto como Cristo en la cruz ! !

(De mi Santa Isabel de Ceres)

III

BAJO LOS CUERVOS

(Los tres sonetos siguientes están en mi libro *El Pobre Abel de la Cruz*, publicado en 1920, Madrid, Editorial Hispania)

En mis labios hacía cabriolas el pecado...
; Oh, gula de impureza, y esa sed, que he suído,
de besar esas bocas de nicho derruido
que se fingen claveles del triste amor comprado !

Una angustia muy honda me había talarado
el corazón, lo mismo que si hubieran hundido
en la roca un puñal, y en el hueco, medido
el reptil de mis ansias como en sórdido cado...

Y sobre mi cabeza, contra el pecho caída,
los cuervos acechaban el festín de mi vida,
graznando su macabra y funeral canción.

Oyéndoles graznar, les decía : — ; Tened
de mi misericordia !... ; Ea, pronto !...
; comed ! !

Y, al decirlo, llevaba la mano al corazón...

IV

SUEÑO

Con mis labios impuros, apestantes a vino,
besé una pura frente que, cual hostia sagrada,
sonreía con blanca sonrisa inmaculada :
; frente espejo del claro Lucero Matutino !...

Y el milagro fué hecho : al final del camino
levantóse una luz, rota en áurea cascada,
refulgente y triunfal, que ahuyentó la bandada
de cuervos graznadores del salmo de mi Sino.

El pecado cayó de mis labios. Y luego
noté que me brotaba una rosa de fuego
tan bella, que otra igual los rosales no han dado.

¡ Parecía de sol ! ; Qué digo ? ; ¡ Parecía
un rubí tan precioso como aquellos que había,
manantes, en la herida del Divino Costado ! !

V

DESPERTAR

Despierto estoy, al fin, y aquella frente serena,
blanca, pura y milagrosa,
igual que aquella luz y aquella rosa,
¿ qué fueron sino engaño de mi mente ?...

Es mi sino gemir perpetuamente en la cárcel del mundo tenebrosa,
sin que una mano blanca y amorosa arranque las espinas de mi frente.

Y al término feliz de esta jornada,
penosa y duradera, está mi amada,
con los brazos abiertos en mi espera :

; La Muerte, que sonríe con dulzura,
sentada a un borde de mi sepultura,
igual que junto a un lecho de ramera !...

VI

LAS ESTRELLAS

; Las estrellas, las estrellas, las estrellas !
; Por qué hay tantas esta noche ? ; por qué hay tantas ?
; Oh, y qué fijas ! ; Arden como en candelabros...
; Y esta noche las estrellas no son blancas !
; No son blancas ! ; No son blancas !
; No lo veis ?...
; Yo no sé por qué será !...

Son estrellas amarillas que derraman como lágrimas de cera derretida
que me lloran y me caen sobre el alma...
Sopla un viento clamoroso de responso.
Es invierno, y no hace frío, ; ni hace nada !...
; Yo no sé por qué será !...

Ya se asoma a su alta torre el alba pálida.
; Ay, Dios mío ! ; ; por qué lleva velo negro ?
; Oh, y me mira persignándose, apenada,
como a un muerto que yaciera entre coronas
y entre cirios en la alcoba funeraria !...
; Yo no sé por qué será !...

Me contesta una voz muda, que oigo clara :
— Porque tienes ya el pasaje de los muertos :
En el mundo de los vivos, tu fantasma es sonámbulo del sueño sempiterno,
que, perdido entre la bruma, vaga y vaga...
; Tu mundo es la Eternidad !...
ALFONSO VIDAL Y PLANAS.

LA POESIA

LA POESIA POPULAR MARROQUI

¡ ENEMOS que tratar este tema, además de por su aspecto puramente lírico (artístico, representativo), por que tiene indudable entronque con nuestra épica popular, con nuestro romance, cantos y jácara.

El alma misteriosa del Moghreb gravita, fluye en cada una de las notas extrañas de sus canciones ; en cada una de las estrofas de los juglares de sus zocos ; en cada una de las risas de sus mujeres ; en los gestos y miradas de cada uno de sus hombres ; en la luz, en la sombra, en el color... en las cosas vivas y en las cosas inanimadas.

Escribe Hanoteau y cita Isaac Muñoz (catador de las cosas almogávares) que cuanto más estacionaria es la civilización de un pueblo es más representativa y reveladora su literatura, pues no siendo producto de una determinada clase letrada, expresa más viva, más ardorosamente todas las modalidades del espíritu máximo de la raza.

Y así es en todo Marruecos. Los improvisadores cantan estrofas repentizadas y nunca escritas, que la tradición y el pueblo recogen, y, sin perder ni una sílaba, pasan de boca en boca y son contadas y cantadas por todos ; el recitador profesional de los mercados y la orquesta simple del ghebbri, la derbuka y el camanya.

Pero entre toda la poesía marroquí tenemos que hacer resaltar la del bereber Sid Mohand, alma atormentada, cuyas rimas recoge Muñoz y da a público conocimiento.

Toda la obra de este cantor, escrita en dialecto Mzabita, llena de dulce nostalgia, de descontento, de incertidumbre, de inquietud, tiene sin embargo el aroma lejano de los mejores tiempos del Islam glorioso y sublime.

He aquí el canto IV del Jardín de Adelfas :

A itjiri a bu ennkta.

Azel abrida.

—Mel ii amek iga ull is—

Mtiaksunt am iftta.

Akken ai tjesfa.

Soadia mechchur ism is.

Tiechba tjizerzet lkjefa.

Il-lan di essajra.

—Saant ljiba uallen is—

Una clara estrella fulgurante ha brillado ante mí como una revelación.
; Qué pasa, amada, en tu alma ?
Tú, tienes la blancura dulce de la paloma.
Y eres como la plata más pura.
; Soadia, la del nombre tantas veces ilus-

Tienes la fina y exquisita ligereza de la gazela más ardiente del Sahara...
; Por qué sufres, siendo tan bella ?

Y así en quejas constantes, en perpetuo divorcio, apartado de todas las cosas y de todos los hombres, marcha el poeta por la vida, sin otro descanso para su alma libre que el que le produce la sombra pro-

picia, plena de frescores y de fiebre, de las palmeras de algún oasis lejano...

Entre la quietud rumorosa de los jardines en sombra de las mansiones de la ciudad, único solaz para sus cuerpos esclavos en la cárcel de los muros milenarios, las mujeres de Marruecos cantan melodiosas y breves canciones derramadoras de la lírica que colma sus almas : apatencias infinitas, infinitos goces, excelente afectivo, recuerdos...

Chufna fluca fel bahar u sahebti yaia...

El cas u el redoma.

Uter el camanya.

El cas u el redoma

U Cherif fi Tanya.

Vimos sobre el mar una embarcación ; mi amada, llega...
El vaso y la botella.
Las cuerdas y el violín.
El vaso y la botella.
; La vida en Tánger de un Cherif !

Para todos, el Cherif (noble, poderoso, rico) lleva en Tánger una vida deliciosa, llena de amorosos coloquios, de nuevas músicas, de fiestas perpetuas en apartados recintos, que la fantasía hace insospechadas, envidiables.

Estas canciones en árabe marroquí tienen siempre un tono de admiración, de elogio hacia cosas o hechos que se suponen inmejorables o únicos...

La mujer marroquí, de estirpe árabe, confinada por absurdo social, tras la celosía de su dar, sueña en todas las horas de su solitaria existencia canciones de amor. El amor, para ella solamente físico la hace adivinar apuestas galanes de otros tiempos que lleguen a su reja y, hurtando al honor y a la ley unos instantes, desgrane en su oído el florilegio descriptivo de las lejanas tierras donde crecen las flores de los más estupendos perfumes.

Otra muestra de la poesía popular de Marruecos es esta cuarteta rifeña (dialecto de la región oriental), satírica improvisación de campamento y que nació en la época de Abdelkrim, cuando el caudillo consiguió el primer aparato de aviación para luchar por la independencia de su tierra :

Turid et-tiara ikka d'Inaien mani gha tauded er Kaid er mlataien.

Subió el aeroplano, pasó por Gueznaia.
¿ Dónde llegarás (tú) el Kaid de doscientos ?

La copla, panegírico del poder de que es capaz el Mehdi (enviado) y en el cual fían todos, perfila la ingente traza rebelde del cabecilla.

(Demostré esta nota de la poesía popular marroquí para estimular su estudio).

BEN ATALA.



RIO DE LA PLATA

Es el mismo horizonte marino del Río de la Plata. Pero el paisaje, como en una pantalla de sueño y embrujo, cambia sus matices en la incansable agitación de las olas, en el desfile inagotable de las nubes, en el blanco aleteo de las gaviotas. El viento, maestro invisible de la orquesta eólica, hace vibrar el paisaje con su luz y sus colores, lo metamorfosea en cada hora y sólo los penachos de las altas palmeras, a lo largo de la rambla, muestran la dirección y la fuerza del hechicero que, en un solo día, puede traer rátagas de lluvia, calor sofocante, brisas acariciantes, suspensos de estasis o escalofríos invernales, todas las estaciones y climas en este rincón sudamericano, en el tondo del gigantesco estuario donde se mezclan los torrentes rancios de los Andes y de la selva amazónica con los glaucos oleajes del Atlántico abismal...

Pasa una hora, pasan dos y más, en esta contemplación que se convierte a veces en una hipnosis dominadora. Olvido de las tareas diarias, borrachera del alma, desentreno del pensamiento ante esta vista única y múltiple, que nos indenniza con creces — a mí y a mi compañera de vida y destierro — por los ocho años de azares y empeños en esta ciudad, pero en otra calle, en un patio sin aire, sin sol, con un muro ciego, obsedante, enloquecedor, frente a la ventana estrecha.

Aquí, desde el mirador de mi refugio, me siento perdido en la magia del proceloso paisaje; y, de vez en cuando, de los escondrijos de la conciencia, surgen los mandamientos del hombre social, del trabajador acosado por sus preocupaciones cotidianas y sus impulsos de artesano de la cultura y la paz entre semejantes, sus hermanos en misión y destino. Como empujones de un amo o de un capataz, la voz interior me advierte: — ¡ Hay que trabajar ! — ¿ Qué otra cosa nago yo, desde cuatro o cinco decenios ?

Y, en un ímpetu de rebeldía, dejo caer la pluma que espera desde una hora, dos horas y más. Paso a la otra habitación y, desde el balcón, olvido nuevamente, sumergiéndome en la contemplación del paisaje ampliado con la playa, el parque que asoma su follaje detrás de los bloques rojizos de apartamentos; y abajo, la cinta movidiza de la rambla, con sus esplanadas floridas y sus paseantes, con sus banistas y pescadores aticionados...

Subo cuatro pisos más. Y desde la azotea del edificio « Miramar », más bien una torre exigua, tengo la visión circular de Montevideo, gran aldea fortificada hace dos siglos y convertida en la capital del Uruguay, cabeza hipertrofiada de un territorio de colinas y rocas, de pastoreos y bañados. El horizonte marino se hunde en el conglomerado del puerto erizado de mástiles, manchado por el humo de las chimeneas que ocultan el triángulo del Cerro perfilado en lejanía. Del otro lado, el caserío de la ciudad, con sus cuadras rojas, verdes, blancas, grises, inmensa tabla de ajedrez en la que se amontonan las plantas bajas y los jardines, las quintas antiguas y las residencias suntuosas. La ciudad acentúa su relieve con sus torres y cúpulas, sus campanarios y los hornos humeantes, con los nuevos edificios de diez y quince pisos que no pueden eliminar, sin embargo, los grandes parques casi centenarios, las plazas pintorescas y las avenidas con las dobles hileras de árboles, amigos de los chicos exuberantes y de los viejos sentados bajo follaje siempre renovado...

Ya lo sé: en este grandioso conjunto de la capital, no falta la miseria, con sus tugurios, sus ranchos, sus cuevas. El clima subtropical alienta el sueño y la pereza, las siestas prolongadas, el cansancio crónico y el aburrimiento, pero también la caza del olvido en pasiones embriagadoras y voluptuosidades secretas o exaltaciones colectivas. La mitad de la población, y menos aún, trabaja por la otra mitad; y la prosperidad resplandeciente oculta la miseria, que persiste como la podredumbre en la sombra húmeda de los bosques que elevan sus crestas en la luz del cielo.

Vuelvo la mirada hacia el límpido horizonte del Río. Algunos barcos, blancos y negros, se acercan o se alejan con la lenta majestad de las ciudades flotantes. Llegan de los mares lejanos, del otro hemisferio, con sus mercancías exóticas y sus viajeros de todas las naciones. Y se



ESDE mi escritorio, en el cuarto piso, a través de la ventana, la misma vista se me ofrece, amplía, más amplia, hasta la línea semicircular del horizonte. Es el Río, cuyas olas menudas avanzan incesantemente para esredarse en las rocas bajas y negruzcas que perduran, por trechos, ante la baranda de la rambla costa nera, o se deslizan en franjas de espuma sobre la arena de la playa Ramírez, cerca del frondoso parque Rodó. La Punta Carreta — con su espinazo de piedra y su carretera recorrida por automóviles policrómicos, como una fila ininterrumpida de hormigas — penetra en las aguas irrisadas, a veces turbias, raras veces azuladas, casi siempre plateadas por los reflejos del sol que sale y se pone desde un extremo al otro del mismo horizonte.

van con los dos o tres productos que puede exportar este país ganadero: con sus carnes, sus lanas y sus cueros, hacia el Norte, hacia el Este, hacia nuestra vieja y desdichada Europa, madre sacrificada de las tres Américas.

¡ Ah, Europa ! Y allá, en un rincón

prendente y renovador, fraternal y vivificante cuando, apoyado en la baranda del balcón, hundo la mirada en los secretos de sus entrañas. Ahora, el horizonte se vislumbra sólo por los guñones de las boyas que señalan la entrada en el puerto. La parte baja del ciclo es tan os-

por EUGENIO RELGIS

carpatino, en el otro extremo del continente, la pequeña ciudad de mi infancia; y mis padres, mis hermanas, mis amigos, mis compañeros de juventud y de las primeras luchas... La nostalgia brota en el pecho, sube por la garganta, quiere surgir de mí mismo por las lágrimas y la voz ahogada.

Y, de repente, regreso a mi escritorio. Para refrenar el hechizo del paisaje, la obsesión de ese otro mundo, bajo la persiana de la ventana invadida por el viento y la luz. En la penumbra del aposento, recobro la disciplina del humilde artesano de la cultura, y la pluma, como avergonzada, se desliza de nuevo sobre el blanco papel de mis meditaciones y anhelos.

30 DE MARZO

Es casi medianoche. El cansancio susurra en los oídos, taladra debajo del hombro izquierdo, tras el corazón que me advierte con una punzada: « Ya es tarde. Has cumplido con tus tareas de cada día, de cada noche... »

Nunca terminan las tareas del trabajador que no tiene otro dueño que su propia conciencia. Es su voluntad, impulsada por ideales que brotan, empero, de las realidades terrestres y de la condición humana... La vista vacila entre letras menudas y renglones apretados, en la luz filtrada por la pantalla. Algo, como una tela sutilísima, como un vaho de calor fluye sobre el papel del cuaderno, se disipa en arabescos por la penumbra del cuarto y en torno mío.

Y una vez más me acuerdo del Río como Mar. Tan lejano mientras me empeño en mi trabajo. Y tan cerca, siempre sor-

cura como las aguas: las pequeñas olas encrespadas parecen haber desaparecido como rebaños de ovejas en sus rediles. El faro, pastor solitario, está de vigilia, cansado, él también, abriendo un solo ojo: el rojo punzante, luego el otro, iris blanco y dorado, deslumbrante. Y el barco que se aleja, en la línea de las luces



tutelares, no es más que una joya translúcida, que se desliza con sus brillantes y zafiros, con sus collares y su coronilla, fascinante con sus llamadas hacia tierras que nunca hollaron mis pasos de peregrino...

Pero, he ahí, a la izquierda, la otra mitad del paisaje nocturno, como la réplica risueña de un mago juguetero. Detrás de la amplia curva de la bahía con su playa bordeada por la rambla — sobre cuya calzada las altas lámparas desparra-man el polvo irisado de su luz — se amontonan los focos amarillos, rojos, verdes y azulados del parque de divertimientos. Es la orgía del neon, de los letreros fluorescentes, de ese alboroto publicitario que flama por encima de los pabellones, los kioscos, los bares, los boies y trenes, los helicópteros y carretas pintarrajeados, a la medida del mundo infantil y al alcance de los deseos ingenuos, de los encantos ilusorios, del hambre y la sed de una muchedumbre que se deja engañar con algunos bocados, con unos tragos y con mucho, mucho ruido en el universo mequino de las artimañas mecánicas y de la música automática.

Esta policromía de luces agolpadas, en largas filas y altos tableros, se refleja — para mí, acodado en el balcón — en las aguas mansas de la bahía, como en un abismo de tinieblas que se convierte, de este modo, en palacios submarinos con interminables columnas vibráticas y nichos en los cuales palpitan los misterios de un mundo fantástico. Por la rambla, las filas de automóviles se escurren como gigantescos escarabajos, de ojos que encandilan: dorados al acercarse, rojos al alejarse... Y en medio del frágil panorama de las alegrías baratas e inocentes, entre las rocas angulosas de la Punta Carreta y las copas troncosas del Parque Rodó, gira una enorme estrella eléctrica que adorna la rueda vertiginosa de cuyos rayos penden y se balancean las lunas cargadas de jóvenes. Entre susto y encanto, ellos gritan cuando llegan a la cima, perdidos sobre el maremagnum y el chisporroteo de luces de la ciudad que no se deja vencer por las sombras, las fatigas y el sueño. Gira la rueda de la diversión ficticia y embriagadora (imitación de la rueda mucho más grande del Prater de Viena, con anchos vagones colgados) y con ella gira la estrella de seis puntos que brilla, soberanamente, en el firmamento artificial de la electricidad, domesticada para el provecho y deleite de los pequeños y grandes hijos de la tierra...

¡ El firmamento ! El verdadero. El hombre lo olvida o lo desafía. Y de repente, en un ímpetu de humildad y vergüenza, de remordimiento y exaltación, vuelvo la mirada hacia la bóveda celeste, despegada de las nubes vagabundas — tan límpida, tan cristalina, insondable e inconmensurable, con sus estrellas palpitantes, sembradas en nuestro universo y en los otros, invisibles todavía. Minúsculas en comparación con las faisas y arrogantes constelaciones de la feria terrestre, inaccesibles a nuestras manos atrevidas o sucias de técnicos y acróbatas, de mercaderes y prestidigitadores. Estrellas que centellean desde siempre y para siempre en el mismo sitio, vistas desde nuestro ilusorio mirador. Y, sin embargo, ellas son otras, con su Cruz del Sur, para mí, que he nacido y vivido tantos años en el otro hemisferio, bajo el embrujo de otro lucero, del astro polar, el guía de mis vagancias y ensueños, de la Osa mayor, de la Osa menor y demás constelaciones...

Contemplo este firmamento con la angustia del desconocido, con la nostalgia del desterrado, con esa añoranza de un paraíso perdido. Pero, detrás del macizo bloque rojizo, que cubre con sus apartamentos superpuestos un gran trecho del horizonte, asoma, inesperadamente, como una compañera fiel, consoladora como una madre, hermana de los solitarios, pálida amante de los soñadores, la luna. Es la misma en ambos hemisferios, con el mismo rostro plácido que nunca desvía su mirada de esta tierra nuestra. Y por esta luna grande, brillante, con la frente esfumada en su fase menguada, por la luna que sube pausadamente entre las constelaciones de otro cielo, me siento solidario del mundo entero, reconciliado en la fraternidad planetaria y cósmica, que auna en mi corazón los cuatro puntos cardinales.

La escena

LO QUE DA DE SI EL ESCENARIO MADRILEÑO

FEDRA, de Unamuno, representada en el Dido (teatro de bolsillo), ha señalado un éxito « intelectual », no de taquilla. Obra para paladares exclusivos, « Fedra » es más para ser leída que para ser presenciada. Conocida la pasión libidinófila de Unamuno, aclararán fácilmente el objetivo de « Fedra » las palabras de su propio autor pronunciadas en 1918 con motivos del estreno de la obra: « Algunos técnicos en arte teatral, no en dramaturgia, me han advertido la escueta desnudez de ciertas expresiones. He tratado, en efecto, de poner al desnudo el alma y el amor de Fedra, pero por creerlo más poético. Un amor así, fatídico, siempre es hermoso aunque terrible y debe aparecer al desnudo. Los oídos más castos deben y pueden oír los rugidos de una pasión irresistible; lo que no deben oír son las picardigüelas de la sensualidad hipócrita o los desahogos del vicio. Sólo una gazmoñería farisaica puede fingir escandalizarse de la castísima desnudez con que aquí se os presenta un alma dominada por el amor fatal ».

« Fedra » fué representada por la compañía de Josefina Sánchez Pedreño.

« AQUEL INOLVIDABLE AGOSTO » es una comedia italiana firmada Morucchio; discreta ella, parca en situaciones trepidantes, no yendo — se adivina ya en los primeros momentos — a la búsqueda de risotadas con sacudidas de ombligo. Género leve de comedia que aguanta por ingenio literario y que permite a los actores « salvar una obra » con particular brío o hundirla por desgana de reflejar un arte propio. Enferma la teatralgia española, en crisis rayana a la perennidad nuestra producción escénica, a los cabezas de compañía les da por escoger de la cartelera extranjera lo más leve, la librería que menos penetración exige, sin pensar que el género que se libra de lo anodino sin llegar a producción de fuerza es el que más esfuerzo creador exige de los actores, aceptado que a lo representable hay que darle el mayor relieve.

El agosto aquél puede que sea inolvidable. Olvidable lo será, dentro de poco, por el público; como todas las piezas que se le vienen sirviendo sin recia contextura. Algo excusa al escogedor de la obra, Alfayate, y a todos los Alfayate que pululan por el tablado arlequinesco: la carencia de libertad para trasladar a la escena hispana las obras de nervio, sustanciales, que duermen el sueño de la esperanza en la « patria », y las otras que envejecen en la parte de allá de la frontera aguardando el pase de libertad correspondiente. Por algo la censura franquista sigue rigiendo nuestros destinos impidiendo las verdades de todos!

« BALALAIKA », dada en el Alcázar nos ha retrotraído a la época floreciente de la zarzuela, opereta en lenguaje extranjero. Lo que el género nacional no alcanza en reánimo, lo ha logrado la versión inglesa de la opereta. Sus autores, Maschwitz y Fosford, cultivan el gusto 1910, cuando los valses de Straus junior y Lehar



imperaban por todos los teatros del mundo blanco.

Como los « Vaises de Viena » que se dan en variadas versiones en diversas capitales europeas, « Balalaika » ofrece una trama asaz ingeniosa, con números que en el lejano año de su estreno se pudieron considerar inefables. No gustan, estos pasos cómico-musicales, por lo que gustaron a nuestros mayores, por la familiaridad que guardan con la relación que nuestros abuelos nos dieron del estreno — en su rincón respectivo — del « Conde de Luxemburgo » o del « País de las Hadas ». Pero la lejanía brillante, despreocupada, « irreal » y por lo tanto satisfactoriamente positiva de aquellas viejas escenas, nos complace soberanamente pese a su frialdad evidente, y... por el peligro asimismo evidente de una atmósfera — la actual — sobrecargada de miasmas estallantes. Unos enaguas frufu, una balalaika, el mantón de manila del sainete español, mil veces más convenientes que la Bomba H y que el cohete para exploraciones siderales: o superexplosiones terrestres.

La partitura de « Balalaika » está edificada con números ligeros y a la vez agradables. Su música es pegadiza, pero en ningún caso ramploña. Se asiste a su audición con agrado y más de una vez tararearemos algunos de sus compases en momentos de distracción o inconsciencia. Tal vez nos acontezca echarle una pesetilla al organillero en su serenata dominguera gratificando ese postre musical con cien lo que antaño pagábamos mejor con cinco. « Balalaika » no se irá de Madrid con laureles por haber venido a destiempo; pero con sus ballets, sus pases y canturrerías no habrá dejado insatisfecho a nadie. Sino, que el empresario alcazareño lo atestigüe...

Teatro Chino en el Zarzuela. Todo lo exótico del ex Imperio Celeste nos ha sido representado por la compañía nacional de arte chino en nuestro clásico coliseo. El teatro de esta gente no es realista. Diríamos: mitológico, fantasista y costumbrista en lo que cabe admitir de costumbrismo en las tradiciones heredadas a través de la mímica mejor que de las escrituras. Invitan al ensueño, cuando no a la pesadilla, « La posada del camino », « El hombre de papel », « El niño pastor y la aldeana », « La muerte de Yeng Liang », « La pulsera de jade », « El monje y la serpiente », « El dragón de mar vencido ». Todas estas obras contienen tipismo, tradición, heroísmo, sencillez,

El coronel nipón tiene prisioneros a dos centenares de soldados ingleses. Norteamericanos, tres o cuatro. Por inteligentes, los prisioneros; por brutos — naturalmente! — los japoneses. Para quedarlo, no hay como haber perdido la guerra. Ya tendrán que « aguantar » monumentos dedicados a su derrota, como los hay similares en todos los países civilizados, unos victoriosos de otros.

Posible que Tojo tuviera la culpa; y Benito; y Adolfo, a los cuales gozoso, Franco, seguía de puntillas. En 1957 imperan los triunfadores — aureola de la película en comento — y Franco, torturador y matador de prisioneros, resulta protegido de los enemigos de Tojo, Benito y Adolfo. (Una aclaración: los prisioneros del japonés eran ingleses; los de Franco españoles. Capacitémonos de la diferencia).

En este ampuloso film de Lean hay prisioneros anglosajones, pues, construyendo un puente en condiciones esclavistas. Además, los oficiales reducidos van a ser empleados como braceros contra el espíritu de la Convención de Ginebra. El coronel nipón no entiende de convenios, y queriendo puente de paso para la otra mitad de la isla, engendra conflicto. El inglés máximo se carga de pun-donor y, por lo mismo, de hambre y malos tratos. Pero al fin impone su derecho de prisionero de lujo y el puente es construido y al puente unos osados lo derrumban, con gran contento del público, más no para satisfacción de la lógica.

El puente es lo de menos; pero es ilógico que a unos militaristas dominantes se les impute rigidez disciplinaria y a los militaristas dominados condición de mártires. Con inversión de papeles, el coronel inglés resultaría duro para el coronel de Tojo sin que el cine americano

amor y poesía. La palabra juega poco en ellas, dejándose comprender la acción por el gesto. Tal vez la cosecha de simbolismos se ofrezca abundante en ese teatro; pero por razones de distancia psíquica algunos de ellos consiguen escaparnos.

Por su actuación comprendemos al actor chino concienzudo y disciplinado. Todo particularismo personal desaparece en tan curioso elenco, formando la compañía un todo homogéneo para conceder a la obra en juego el máximo relieve.

Nota exótica de radiante belleza. Decoración y guardarrropa de una riqueza insuperables.

Como insensibles al aplauso, los cómicos chinos se trasladaron con sus baúles a Barcelona... — C.

La pantalla

« LE PONT DE LA RIVIERE KWAI »

Producción Columbia confiada a la dirección de David Lean y ejecutada por William Holden, Alec Guinness, Jack Hawkins, Sessue Hayakawa, James Donald, Ann Gears y Geoffrey Hornes.

DAVID LEAN, absorto en la fiel representación de la Naturaleza — lo que le honra —, en « Le pont de la rivière Kwai » ha conseguido un film endable en marco amplísimo. El asunto nos sitúa en una gran isla oriental en su mitad ocupada por japoneses a eso del 1943. Ambiente, pues, de guerra, dando, la guerra, para muchos temas todos propensos a caer en lo mismo cuando falta atrevimiento humana: La vulgaridad sigue circundando al bueno de Tolstoi.

pensara ocuparse de ello como no se ocupa de la esclavitud que sufren los republicanos españoles en las ergástulas de Franco. Y fuera de ellas...

Lo importante no es reflejar las miserias de la guerra con prisma parcial, sino completo. Malvado no sólo lo es el dominador asiático, sino todo dominador del país que sea. Hay que atacar el mal a fondo comprendido en toda su amplitud, no quitando « hierro » a los propios y aumentando delito a los ajenos. El film de Lean debiera condenar la esclavitud amarilla, y la blanca con ella.

Los detalles de unos conquistadores ineptos y de unos conquistados supercapacitados, mi-

sérrimos. Los japoneses nos son presentados titubeantes, minimizados, lo cual no es cierto. Un jefazo avergonzando a un capitán ante los prisioneros, no se concibe.

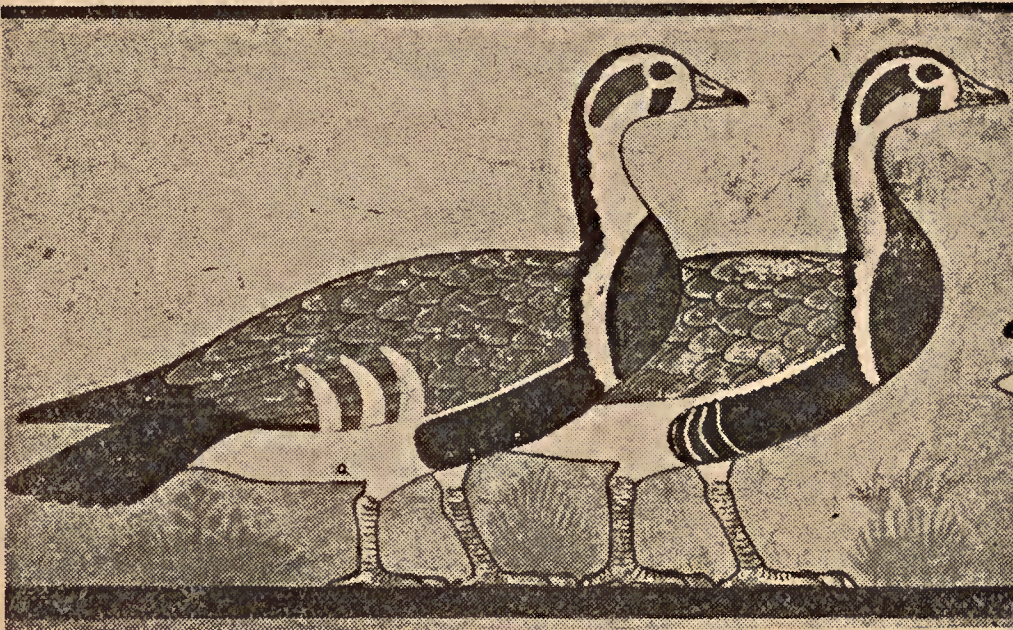
Grandiosos los detalles de naturaleza. Selva verdadera con bambúes rollizos, grandes bandadas de aves, bellas perspectivas alpestreras y marítimas, más un gran río verdadero. Como oasis, un pueblo de salvajes, tan libres, buenos y acogedores, que se llega a temer por ellos en una situación próxima al entre dos fuegos.

No recomendamos esta película. Y si se acude a verla, compenetrarse más con el paisaje que con el espíritu de la misma.



El japonés carga con el papel de malo.

por TELFORO



TUSQUELLAS
(Galería Vidal)

EL universo de Tusquellas es un mundo apacible, un mundo de un orden armónico ignorante del torbellino loco que consume a tantos artistas contemporáneos en una llamarada fugaz y apoteósica; sus telas reflejan aspectos simples de las cosas, vidas humildes y tranquilas, nostalgias de tiempos serenos y sentimientos comprensivos de tanta banalidad actual, de tanto oropel pictórico...

De su larga obra, paciente y tenaz, se desprende una cierta filosofía de vidente que poseyera el secreto de muchos « porqués », y que, situado sobre ellos por este saber, considera inútil la definición. La pintura de Tusquellas es sólida, es honesta y, sobre todo, es pintura.

VIOLA
(Galería Bernard)

Parece ser que Viola no había expuesto en París hace seis o siete años. Para el caso es igual que hubiera estado otros siete sin exponer. Pertenecen sus creaciones — en realidad una misma, partida en un número considerable de cuadros — a la pintura extravagante que cultiva y defiende Miguel Tapié y que hace las delicias de los americanos del norte, que, así, pueden proclamar que los europeos los plagian.

La pintura es « estrellada » contra la tela en su diversidad de gamas, distribuida después con cierta habilidad, para que « parezca sin ser », y el todo nos da una especie de fuego de artificio, algo así como un 14 de julio marítimo, que, aislado, presenta ciertas calidades decorativas y que la repetición sistemática convierte en tema psiquiátrico.

GARCIA-FONS
(Galería San Plácido)

Creo que es la primera exposición personal de este artista después de su premio Antral y, como esperaba, mejor dicho, como anuncié en esta misma sección a raíz de dicho premio, la exposición ha sido un éxito y García-Fons ha confirmado una vez más su personalidad y la clase de su pintura. Pudiera reprocharle quizá el ir un poco lejano al realismo al que voluntariamente se somete, por el peligro de pasar de una línea que limita el progresismo del « pompiérismo », pero García-Fons, que es joven, siente aún la necesidad de todo explicar, y la edad de la sugerencia llegará sin esfuerzo para un artista consciente y

orgánico en su producción y que no ignora que el arte es evolución. De todas formas, creo que su obra es interesante y que es un nombre a no descuidar.

SECCION ESPAÑOLA DE ARTE LIBRE

(Museo de Arte Moderno)
Prescindamos rápidamente de este aburrido Salón — que yo llamaría « Salón inesperado » —, en el que la cantidad domina sobre la calidad, sin que ésta aparezca a pesar de los aparatosos guardias de la escolta y el ministro de turno, el día del « vernissage » y los vacíos sepulcrales del resto de los días, para ocuparnos de la llamada participa-

ción española que, en mediocridad y mal gusto, sigue las huellas del patrocinante.

En principio, se trata de pintura dirigida, pues, como de costumbre, esta vez se ha impuesto el tema de la poesía española, así como hace meses fué la francesa, en espera del turno de la musa de Tegucigalpa, pongo por ejemplo. Con este motivo, hay evocaciones de una banalidad terrible sobre Cervantes, Machado y, sobre todo, la indecencia — y ya expliqué aquí mismo por qué — de traer a Lorca al refortero. Cuando dejarán a los muertos en paz, estos participantes!

Estamos de acuerdo con « Combat », que se pregunta extrañado qué selección de pin-

por

GARCIA TELLA

tura española es ésta, en la que están ausentes los nombres de Picasso, Clavé y Pelayo, y yo añado, los de Ubeda, Bore, Nieva, Tapiés, Saura y más que me callo por no alargar la lista. En realidad, es un pequeño cóncave que se consideraran el eje y que, como en la conocida fábula, han elegido un rey, que, en este caso, es Flores, al que han colocado de « vedette ». Flores, que desconoce completamente « que o renovarse o morir », sigue aferrado a su truco del Quijote y considera que un diseño en un papel de cinco metros puede llamarse pomposamente tapicería. En la carrera de un artista, larga y trabajosa o rápida y fulgurante, existe un momento peligroso después de haber llegado. Este momento se puede decir « aguantar ». Si se sabe o se puede aguantar — y para esto hay que tener no sólo oficio, sino imaginación, temperamento y calidad — si se aguanta, lo más probable es que se siga p'arriba. ¡ Clavé es un ejemplo! Pero si el artista tiene las tripas vacías y se deja llevar de la rutina, del oficio, del « refrito », del comercialismo, la obra se resiente en vulgaridad, monotonía y falta de interés. ¡ Y así no hay quien aguante! Yo no estoy muy seguro de que a estas fechas, Flores no se crea firmemente que es él quien ha escrito el Quijote. Y de nada sirve que las editoriales franquistas le editen folletos más o menos lujosos. Flores ocupa hoy un sitio que él solo ha ganado con méritos propios!



POCAS. noticias nuevas este mes del llamado género frívolo, como no sea la llegada de cinco o seis guitarristas y cantantes, que vienen de España a ver si es posible vivir un poco, aunque sea en Francia...

Aparte de eso, todos andan de cabeza por las fiestas, tratando de doblar o de triplicar en las fechas tradicionales, ya que, después, la cuesta de enero es siempre sombría en todos los climas. Diversos conjuntos han salido para Bélgica, otros para Suiza u Holanda, entre los que se cuentan los capitaneados por Antonio Reyes, León de Lara y María Navarro. Entre las parejas que circulan por París con trabajo largo y merecido, se cuenta la famosa de Nieto y Rivera, que actúan sin descanso después que terminaron en Mogador; la de Paquito León y Rosita Amaya, cantante él y bailarina ella, que glorifica su apellido. Citemos también, a Pepe de Córdoba, flamenco de postín, cantante de aires populares del que acaban de salir a la venta varios microscurcos de folklore español, así como en un género completamente distinto, como son los tangos, boleros y pasodobles; Sani Escobar, que, acompañado por el maestro y compositor Lainez, dirige una orquesta en un lujoso establecimiento del bosque de Vincennes y al que recientemente hemos oído por la radio. Desenvuelta y graciosa, hemos visto una nueva bailarina, Aurora Infante, a la que no conocíamos y que sabe unificar la simpatía y la técnica: asimismo, me ha sido dado oír un gran guitarrista, Juanito Serrano, que, de seguir en Francia, alcanzará sin duda cierta celebridad... En fin, que los refugiados se defienden y los que vienen se acoplan más o menos, aunque haya que luchar, como siempre, en los primeros tiempos, con las dificultades de costumbre. Entre los nuevos, cabe contar el Niño de la Alcazaba, el de Eclija, el de Córdoba, el de Andalucía... ¡ yo creo que llegaremos a siete! No olvidemos tampoco, y éste en categoría aparte, en la gran clase podemos decir, Miguel Carmelo, primer premio del Conservatorio de París en cante, y que no para de trabajar un momento, solicitado a izquierda y derecha por empresas y editoras de discos.

Este es el panorama de fin de año de nuestro ambiente español en París y que tanta aceptación tiene en la orilla izquierda, donde no pasa una semana sin que se abra un nuevo local, con un título más o menos castizo, de nuestros lares.

LA MUSICA



ESTA sonriente muchacha pasó por París el 17 de noviembre para habérselas artísticamente con veintisiete representaciones acordeonistas venidas de los cuatro puntos cardinales de Francia. Categoría: Elemental, pero no tanto que la misma no exigiera a los concursantes condiciones superiores. La prueba fué consumada en el Palais de la Mutualité, y nuestra Manolita, hija del compañero Benavente, refugiado en Grenoble, salió distinguida con el número 1 de la misma, lo que le abre camino para situarse en el cenit del acordeonismo.

Los abuelos de Manolita, como buenos levantinos — de Callosa del Segura — fueron músicos. Su padre, hombre de arte y de influencia libertaria, tuvo que emigrar a consecuencia del desastre de 1939, quedando Manolita con el resto de la familia en el pueblo para aguantar toda suerte de vejaciones impuestas por el maléfico triunfante. En 1951 ella y los suyos consiguieron reunirse con el padre en la ciudad marroquí de Casablanca. Todos juntos en 1954 se aposentaron en Grenoble, en donde Manolita dió pábulo a sus estudios musicales.

Su formación en este sentido es clásica, puesto que amplia conocimientos en el Conservatorio de la ciudad alpina. Pero su estima por el acordeón es grande, y mayor aún cuando ha des cubierto que a base de este solitario instrumento existen forma-

MANOLITA BENAVENTE

ciones especializadas en la ejecución de obras de Tchaikovski, Borodine, Bach, Listz, Rossini, Weber, Schubert y cuantos maestros del pentágono se tercién. A este efecto, aparte su fortalecimiento musical clásico, toma lecciones de alto acordeón que le proporciona la maestra Mme Mariotto, la mamma rosa que influyó en Manolita para hacerla ganar el primer premio regional

en el Isere, como la ha dispuesto hace poco para alcanzar el primer galardón del concurso nacional citado organizado en París por la « A.P.H. », o sea la expresión pública de la casa Hohner.

Felicitemos a Manolita Benavente por sus triunfos, a la par que la estimulamos a superarse lo máximo al margen de los mismos. — F.



MESA REVUELTA

Diálogo de actualidad :
 — He de casarme y no encuentro piso.
 — Provisionalmente alojaos en el domicilio de tus padres.
 — Es que mis padres viven provisionalmente en el domicilio de mis abuelos...



Un optimista es el hombre que acude a la fonda sin dinero y espera pagar la comida con la perla que puede encontrar en una ostra.



Gaetano Lamp y su esposa llegaron de Italia a Los Angeles para hacer fortuna. Diez minutos después un cartelón les cayó encima causándoles erosiones. En el mismo se leía : « Bienvenidos al Estado de California ».



« Poesía Española » publicó un poema futurista de José Hierro titulado : « Estatuas yacentes ». Como el citado trabajo es « futurista » y las estatuas de lo al régimen han de caer, el librito se estimó subversivo por las tapas, no por su leve contenido.



En una « soirée » dándose en una lujosa finca de la Costa Azul se anunció a la distinguida concurrencia una sonada sorpresa. Momentos después apareció consternado el « maître » de la casa anunciando que el depósito de joyas de las señoras había sido desvalijado.
 Sorpresa la hubo, pero desagradable.



Según George Wald, profesor de Biología en la Universidad de Harwar, en el Universo existen diez millones de planetas semejantes a la Tierra, siendo probable que la vida se haya desarrollado en muchos de ellos.



El Colegio de Abogados de Génova, previa revisión del proceso de la reina María Antonieta, ha absuelto a la acusada.
 Solamente que el fallo llega con 165 años de retraso...



Lo que hay de enojoso en los hombres poderosos es que cuando se ponen enfermos quieren a toda costa que sus médicos les curen. — Molière.



El francés : En la plaza de la Concordia gritas « ¡ muera Co-ty ! » y no te guillotinan.
 El español : En la Puerta del Sol gritas « ¡ muera Franco ! » y tampoco te guillotinan. A lo sumo te fusilan.



A José María Gironella su obra « Los cipreses creen en Dios » (novela y cine) lo ha convertido en millonario.
 Comprendemos que Gironella ame los cipreses.



BIBLIOTECA DE « SOLI »

LIBROS PARA REGALO Y PARA « REGALARSE »

	Francos		
Allopost y Postman :		yer detective y aeronauta	380
Psicología del mundo	1140	M. van der Meersch : Carne y espíritu	610
William Howells : El hombre (su origen y evolución)	685	Albert Maltz : La cruz y la flecha	610
Krasnogorsky : El cerebro infantil	1330	D. Merejkowsky : Dostoiewski - el profeta de la revolución rusa ..	380
Duval : Anatomía artística	910	Coplas para cantar con Caja	380
Rulén Darío : Azul	135	J. Carlos Davalos : Antología poética	570
Romain Rolland : Pedro y Lucio	345	Varios : Los titanes de la poesía universal ..	570
Eliás Metchnikoff : Estudios acerca de la naturaleza humana ..	570	A. Schopenhauer : Sobre la voluntad en la Naturaleza	530
Curzio Malaparte : La técnica del golpe de Estado	460	Charles A. Willoughby : Charles A. Willoughby : (El espía que decidió la guerra) ..	950
Michelet : El Pájaro ..	315	Manuel G. Prada : Horas de lucha	525
Michelet : El Mar	315	J. M. Guyau : La moral de Epicuro	420
Arnold Zweig : Claudia Nietzsche : Origen de la tragedia	950	J. Ramón Jiménez : Platero y Yo (tela)	390
Lewis Doshay : El niño delincuente sexual y su evolución ulterior	380	Georges Orwell : 1984 (visión futurista) ..	950
Zafradio Hearn : Chita, o recuerdos de la isla última	190	Pirandello : Cada cual a su juego, La vida que te di (teatro) ..	320
Jack London : Antes de Adán	190	José E. Rivera : La Vorágine	400
Brewster : Nuestro enigmático planeta	570	José Ingenieros : Las fuerzas morales	380
Frederic Prokosch : La edad del trueno	380	Guy de Maupassant : Idilio	135
Frederic Nietzsche : La gaya ciencia	950	El buen mozo	500
Stefan Zweig : Celos y confusión de sentimientos	570	Henri Barbusse : El infierno	510
Frederic Nietzsche : El origen de la tragedia	950	André Malraux : El espanto de la montaña	270
R. Tagore : Una historia Hindú	270	Giovani Papini : El libro negro	685
Mark Twain : Tow Saw-		Henri Claude : De la crisis económica a la guerra mundial	530
		N. Zúñiga : Atahualpa (La tragedia de Amerindia)	525
		Emeterio Santovenia : Lincoln (biografía) ..	685
		Salas Subirat : El secreto de la concentración	525
		Catalina Little : Grandes compositores (cartoné ilustr.)	525
		João de Sousa : Los Fundamentos de la Psicología	525
		Juan Montalvo : Siete tratados (cartoné) ..	685
		Juan Montalvo : Las catinarias	630
		Mercurial eclesiástica ..	350
		Balmes : Filosofía fundamental	190
		Curio Chiaraviglio : Civilización del trabajo y de la libertad	630
		Stuard Chase : La economía de la abundancia	525
		Noel P. Lenoir : La reconstrucción de Europa	350
		Wilt Whitman : Perspectivas democráticas	250
		Leonhard Adam : El arte primitivo	305
		Enrich Kästner : Fabian historia de un moralista	460
		Un dechado de ingenio y de pulcritud literaria : « CARTELES »	
		de Rodolfo González Pacheco. Dos tomos, 1.400 frs. en esta Administración.	
		Giros y pedidos : Roque Llop, 24, rue Sainte-Marthe, Paris (X). C.C.P. 1350756 Paris.	

NOTICIARIO

En el Teatro de Bellas Artes de Madrid la compañía de Josefina Sánchez Pedreño representó « Fedra », tragedia de Unamuno

El maestro Agustín Borguño participa de allende los mares haber escrito tres sardanas para un próximo estreno en Cataluña : « L'avi Sunyer », « Tendres amors » y « Entre els meus ».

El cineasta René Clair asistió al estreno en España de su producción « Porte des Lilas », acontecimiento ocurrido en el Cine Callao (remozado) de la capital de España.

En la catedral de Barcelona se venera actualmente una talla de madera a título de la Virgen del Olivo, estando en discusión si hay que distinguirla o no con una mancha de aceite puro de oliva en la pechera.

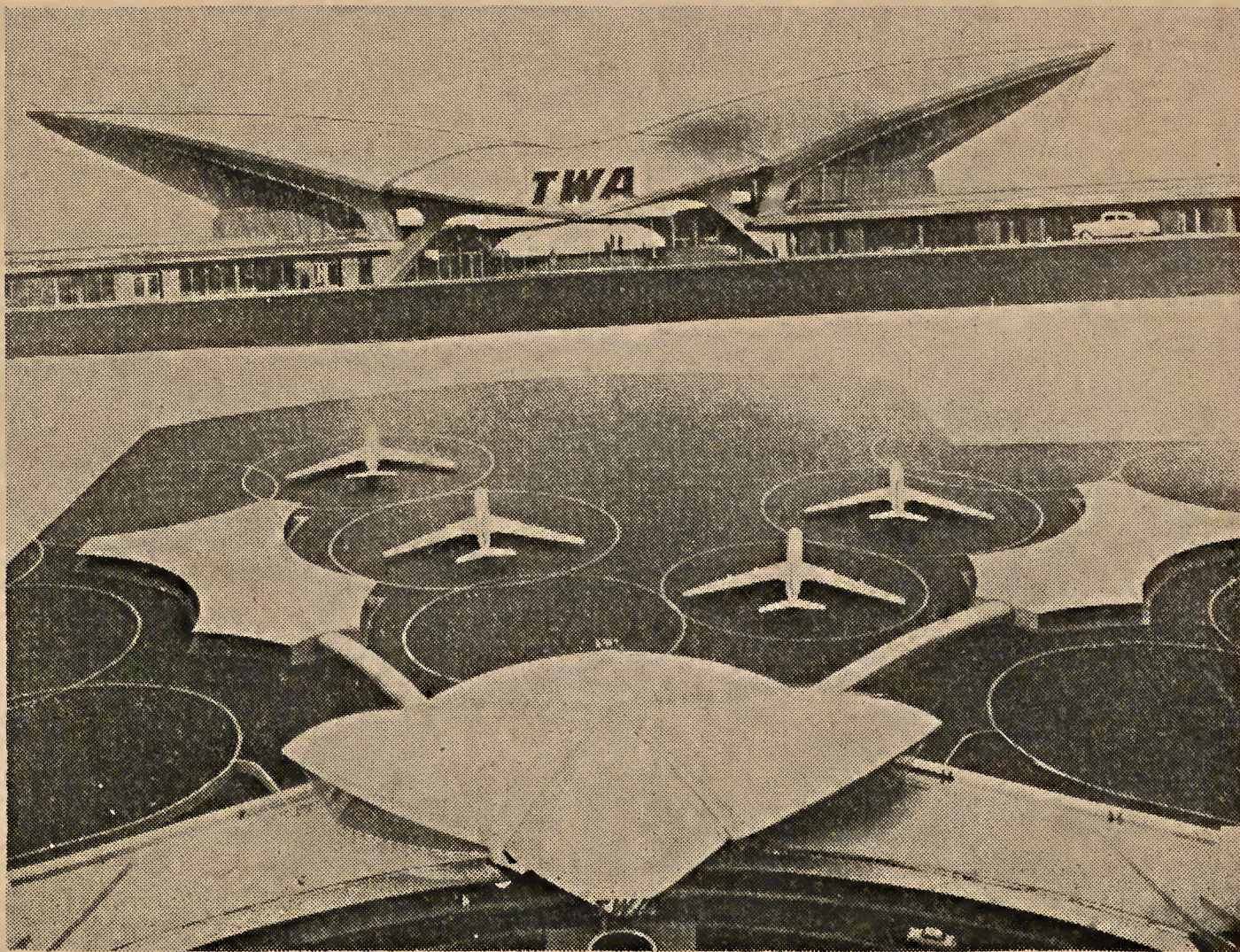
Cosas veredes... El virtuoso inglés del piano, pero nacido polaco, Jan Smeterlin, está a punto de publicar un libro sobre cocina internacional.

Una exposición de ex-libris franceses se celebrará en Barcelona, y probablemente otra de ex-libris españoles será abierta en la capital francesa.

Falleció en la ciudad condal el pintor Rafael Llimona Benet, hijo del famoso escultor José Llimona Bruguera y sobrino del también pintor Juan Llimona. Fue artista marcadamente exigente para consigo mismo, habiendo adquirido relevante notoriedad por la exquisitez de su estilo y la delicadeza de su colorido.

En una sesión completa de danzas populares al « Esbart Verdaguer » ha estrenado los « ballets » Contrapás d'amor (Oltra), Andorranes (Comelles) y Mallorca (Moreno).

■ Otras noticias en pág. 4 ■



EN LA VIA DEL PROGRESO. - Aeródromo neoyorkino próximo a ser inaugurado.



LA POESIA ARGENTINA

por Juan Carlos Ghiano

res que ya ofrecían entonces otras literaturas de nuestra América; sólo Carlos Guido y Spano avanzó, temática y expresivamente, en nítidas estrofas, que adelantan las alusiones helénicas y los motivos de los primeros modernistas.

Martín Fierro — con Facundo y Recuerdos de Provincia, lo más valioso de nuestra literatura del siglo XIX —, se incluye en una función literaria que corresponde más a la novela que a la poesía, según lo ha puntualizado con certeza Jorge Luis Borges. La estrofa y el lenguaje de Hernández sirven a las necesidades descomunicativas del relato, a la vez que sus proyecciones temáticas insisten en la intención social que el escritor impuso como primera de sus intenciones creadoras. La moderna imaginación del versificador, que muestra una constante de nuestras letras, se confunde con los límites del ruralismo idiomático, aunque Hernández no acentúe las deformaciones regionales.

Sobre la pobreza lírica del siglo XIX — acentuación de condiciones que se reconocen en todas las literaturas de la lengua española —, el XX adelantó en el variable aporte de los poetas, que superan a la época inmediata anterior en el ahondamiento y las depuraciones expresivas. Federico de Onís ha señalado con certeza los comienzos de esa etapa de originalidad americana, rotulada con el nombre insatisfactorio, pero ya impuesto, de modernismo: « Forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que había de manifestarse en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy. Esta ha sido la gran influencia extranjera, de la que Francia fué para muchos impulsos y vehículo, pero cuyo resultado fué tanto en América como en España el descubrimiento de la propia originalidad, de tal modo, que el extranjerismo característico de esta época se convirtió en conciencia profunda de la casta y la tradición propias, que vinieron a ser temas dominantes del modernismo ».

Los comienzos argentinos del modernismo se caracterizan por la variedad de estímulos literarios, junto a características selecciones verbales. Rescate de la belleza que sostuvo la entusiasta definición de la poesía y de los poetas. Los escritores previnieron estas búsquedas en jactanciosas teorías, que señalan — con agudeza característica — las nuevas perspectivas de la creación, sustentada por la novedad de los temas y el refinamiento formal. En el impulso originado por esta renovación se han diferenciado las promociones de poetas argentinos contemporáneos: la primera, surgida directamente del modernismo, tanto en aprovechamiento de los caracteres depurados por Darío cuanto en retorno a sus fuentes europeas; la segunda, agrupada hacia 1924 en el periódico « Martín Fierro » reaccionó contra el rubenismo

y sus imitadores e intensificó las sorpresas metafóricas aprendidas en los imaginistas europeos de la pos-guerra del 18, decantando luego algunas constantes románticas y modernas; la tercera, revelada hacia 1940, se define en necesidad de

superar lo rescatable de las dos poéticas anteriores, a la vez que ambiciona las constantes metafísicas de la gran poesía, sin distinguos de épocas ni de lenguas, aunque esforzando su acercamiento al romanticismo sentimental y elegiaco.



“La Calandria”



Danza del folklore cordobés

introducción

PIANO

canto

Zapateo

La calandria y el jilguero eran dos que se querían, mas, por temor a un desprecio, ninguno se lo decía. (Zapateado)

CANTABLES DE LA DANZA

Pero un día se encontraron junto a una serranía y el jilguero le arrulló lo mucho que la quería. (Zapateado)

Cuando Bustos gobernaba se bailó esta danza allá... (Zapateado)

Aura. Y en cuantito Paz llegó también a él le gustó.

(Hablando) Véanlo, pues, al jilguero, braceándole a la calandria.

bien dicen: que, p'al amor, no hay pájaro que sea mandria. (Este mateo cordobés tiene derecha y revés).

Segunda parte

La calandria era bonita y el zorzal la perseguía, y un día el jilguero vió que ella le correspondía.

Los celos lo ibán boleando y peleaban día a día, hasta que una vez notó la traición que ella le hacía.

Voló un día el cantorcito muerto de desilusión, (Zapateado)

Aura v desde entonces quedó, sin amor su corazón.



El escritor argentino, abierto a todas las literaturas — con curiosidad que supera al del resto de nuestra América —, se extravía por el escaso prestigio de sus tradiciones, en particular las que acepta del siglo XIX. Los prosistas fueron nuestros mayores escritores en aquellas décadas: desde Mariano Moreno a los narradores del 80 se cumplió el variado desarrollo de géneros literarios puestos al servicio de los ideales de la nación, en aprovechamiento y transformación de las escuelas europeas que permitieron interpretar los problemas argentinos sobre el fervor de los diagnósticos y de los proyectos. Las búsquedas estéticas fueron mínimas en tales escritores, que a veces ni siquiera alcanzaban la seguridad idiomática requerida por sus mayores esfuerzos. Cuando alguno de esos hombres se adelanta como escritor — en particular el impulso genialísimo de Sarmiento —, su estilo prolonga una singular rebeldía idiomática, superada en él por la fuerza pavorosa con que lograba los módulos expresivos de la acción, en decisiva voluntad comunicativa.

Contemporáneamente a las tres promociones de prosistas que centralizan el siglo XIX argentino — los propagandistas de la independencia, los pensadores activos de la proscripción rosista y los escritores fragmentarios del 80 —, se fué publicando la obra abundante de versificadores afanosos, dentro de los riesgos que imponía su afán nacional. El tema de la patria nueva suscitó odas, himnos y canciones, más o menos marciales, favorecidas por el consentimiento público, que no sabía de pretensiones literarias; más tarde este civismo versificado dejó lugar a un paisajismo sin sorpresas, atento a las realidades que sostienen los inventarios costumbristas. El programa incitante del iniciador romántico, Esteban Echevarría, no sostiene su fatigosa obra de rimador, ni las de sus discípulos inmediatos, a pesar de los repetidos rechazos teóricos de las facilitaciones sentimentales y del fácil regionalismo de nombres. José Mármol, el menos desdeniable de los poetas románticos, fué un versificador oratorio, casi siempre apresado por las entonaciones admonitorias, que se prolongaban en el brío de Olegario Andrade. La límpida moderación de un paisajista y narrador como Rafael Obligado no alcanzó a individualizarse dentro de los valo-

SOLIDARIDAD

Redacción y Administración, 24, rue Ste-Marthe, PARIS (X)

Suplemento literario

Tél. : Redacción, BOT. 22-02 ; Talleres, PRO. 78-16

OBRERA

Le Directeur : JUAN FERRER. Société Parisiennes d'Impressions, 4, rue Saultier, Paris 9^e.